



MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO

CONVENIO UNIVERSIDAD DE MANIZALES Y CINDE

INFORME TÉCNICO DE LA INVESTIGACIÓN

**PRÁCTICAS DE CRIANZA DE BUEN TRATO, EN FAMILIAS
MONOPARENTALES FEMENINAS EXTENSAS CON NIÑOS Y NIÑAS EN SU
PRIMER AÑO DE VIDA. ESTRATEGIA BUEN COMIENZO HABÍA UNA
VEZ DE LA ALCALDÍA DE MEDELLÍN**

INVESTIGADORAS:

TERESITA MARÍA GALLEGO BETANCUR

GLORIA MARÍA MONTOYA MURIEL

ÁNGELA MARÍA ORREGO CARDONA

ASESORA:

DIANA MARÍA GONZÁLEZ BEDOYA

SABANETA

SEPTIEMBRE DE 2011

CONTENIDO

Contenido

1. ABSTRACT	4
2. RESUMEN TÉCNICO	5
2.1. Contexto 5	
2.1.1. Las familias en Colombia	5
2.1.2. Las familias en el programa Buen Comienzo Había Una Vez.....	7
2.1.3. Las familias de la investigación.....	9
2.2. Pregunta de investigación 13	
2.3. Objetivos 13	
2.3.1. Objetivo general.....	13
2.3.2. Objetivos específicos	14
2.4. Metodología 14	
3. REFERENTE CONCEPTUAL	16
4. ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN	33
5. CONCLUSIONES	59
6. RESULTADOS DE GENERACIÓN DE NUEVO CONOCIMIENTO	65
7. RESULTADOS DEL FORTALECIMIENTO DE LA CAPACIDAD CIENTÍFICA	66
8. RESULTADOS DE LA APROPIACIÓN SOCIAL DEL CONOCIMIENTO ...	67
9. IMPACTOS ESPERADOS	67
BIBLIOGRAFÍA	69
ANEXO 1	72
GUÍA DE ENTREVISTA SEMIESTRUCTURADA	72

<i>PRÁCTICAS DE CRIANZA DE BUEN TRATO</i>	72
<i>ANEXO 2</i>	74
<i>CODIFICACIÓN</i>	74
<i>ANEXO 3</i>	78
<i>AGRUPACIÓN CATEGORIAL TEMÁTICA EN COHERENCIA CON LOS OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN</i>	78
<i>ANEXO 4</i>	80
<i>CONSIDERACIONES ÉTICAS Y CONSENTIMIENTO INFORMADO</i>	80
<i>CONSENTIMIENTO INFORMADO</i>	81
<i>AUTORIZACIÓN PARA LA PUBLICACIÓN DE IMÁGENES</i>	83

1. ABSTRACT

Reconociendo la primera infancia y en especial el primer año de vida como una etapa crucial en el desarrollo de las capacidades de las niñas y los niños; el papel que juega la madre en la labor de la crianza; y el contexto familiar como escenario de socialización, se hizo un ejercicio investigativo cuyo objetivo fue visibilizar cómo vivencia las prácticas de crianza de buen trato y equidad de género con las niñas y los niños en el primer año de vida, un grupo de familias monoparentales femeninas extensas participantes de la “Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez” de la Alcaldía de Medellín.

Para lograr lo anterior, se partió del análisis del contexto de vulnerabilidad social de las familias buscando, comprender cómo a pesar de ésta, las madres asumen en su proceso de crianza, prácticas de buen trato. Para ello se reconocieron las prácticas de crianza de las madres que evidenciaban buen trato y se identificaron aquellas que estaban influenciadas por el género.

En coherencia con los objetivos de investigación, los constructos teóricos iniciales que orientaron el rastreo bibliográfico, la generación de información y el análisis de los datos, estuvieron relacionados con la vulnerabilidad; las prácticas de crianza, el buen trato, la familia y el género.

El ejercicio investigativo estuvo fundamentado en la comprensión de la realidad de la crianza en contextos vulnerables, partiendo de las vivencias cotidianas, hallando el sentido de las prácticas desde la significación que tienen las mujeres que crían sin el apoyo de su pareja a sus hijas e hijos y que pese a esta circunstancia, logran tejer relaciones fundamentadas en el buen trato, favoreciendo de esta forma el desarrollo de capacidades en las niñas y los niños, tal es el caso de mejores relaciones consigo mismo, con los demás y con el entorno. Por ello esta investigación respondió al modelo comprensivo desde un enfoque hermenéutico.

Las estrategias de generación de información utilizadas fueron una entrevista grupal a las cuatro familias participantes y dos entrevistas semi-estructuradas a cada una de ellas, las cuales fueron realizadas en los meses de septiembre y octubre de 2010. Así

mismo, los diarios de campo del equipo investigador fueron utilizados para registrar las impresiones, reflexiones y análisis producto del trabajo de campo.

Para el análisis de la información, se procedió, en primer lugar, a identificar las tendencias que tomaron los datos y en segundo lugar se relacionaron las respuestas de las madres, con los constructos teóricos iniciales, hallando los primeros elementos de conexión. A partir de este ejercicio se configuraron y reconfiguraron los hallazgos con los cuales se dio respuesta a los objetivos de investigación.

El análisis de los datos en comunión con los aportes teóricos y las reflexiones de las investigadoras, permitió la emergencia de tres categorías temáticas: contexto de vulnerabilidad de las familias, buen trato en la crianza y diferencias de género en la crianza, sobre la cual se estructuró la presentación de los resultados. Cada una de ellas está configurada por unas dimensiones que se consideran como los aportes más significativos al análisis que se hace del tema de la crianza en condiciones de vulnerabilidad.

2. RESUMEN TÉCNICO

2.1. Contexto

2.1.1. Las familias en Colombia

Las familias en Colombia no pueden ser estudiadas al margen de los cambios estructurales que han tenido a lo largo de la historia, debido a factores culturales, sociales, demográficos, económicos y políticos. Fenómenos como la modernización, la

emigración del campo a la ciudad -motivada por el interés de una vida mejor o por huir de la violencia-, la secularización progresiva de las relaciones y la vida social que ha venido teniendo el país, han hecho que las familias se reconfiguren alrededor de nuevas formas de relación que superan la composición tradicional como la nuclear y en su lugar, aumente significativamente la presencia de la monoparentalidad femenina extensa, es decir, aquel grupo familiar en donde la mujer/madre -por opción u obligación, viudez o abandono-, asume sin ayuda de su pareja, el cuidado, la protección y educación de sus hijas e hijos, no obstante, convive con otros miembros como sus padres o hermanos y con ellos se teje la relación familiar.

Si a la monoparentalidad femenina extensa, se le combinan factores como: adolescencia, clasificación socioeconómica baja, discriminación étnica, violencia intrafamiliar, grupo familiar numeroso, creencias autoritarias y de discriminación frente a la figura femenina o masculina, ubicación del domicilio en zonas de alto riesgo ambiental, limitaciones en el acceso a los servicios públicos, desplazamiento forzado, desempleo, nivel educativo bajo, entre otros; se puede hablar de un escenario en el que la crianza se ve afectada por factores de riesgo de orden económico, social, político, cultural o ambiental según el caso¹.

Por último, vale la pena resaltar que la labor de la crianza, en especial en el primer año de vida, es una responsabilidad que tiene implicaciones de orden *económico*; *afectivo* -vínculo amoroso entre la madre y el hijo/a lo que da lugar a la confianza y el apego seguro de la niña y el niño- y de *cuidado* -protección frente a la imposibilidad que tiene la niña y el niño de valerse por sí mismo-, que hace que se convierta en un reto del día a día, porque es encarado por la madre, sin ayuda de su pareja, en un contexto de limitaciones económicas y socioculturales, que la conducen a asumir simultáneamente tres roles: el de proveedora, protectora y educadora, llevando a su máxima expresión su capacidad para generar el bienestar que sus hijos e hijas necesitan.

¹ Según la Encuesta Nacional de Demografía y Salud 2010:

- El 18% del total de las mujeres encuestadas son adolescentes.
- El 19% de las adolescentes han estado embarazadas por lo menos una vez.
- El 30% de los niños y niñas viven solamente con la madre.
- El 34% de los hogares, tiene como cabeza de hogar una mujer.
- El 48% de las mujeres no han terminado la secundaria.

2.1.2. Las familias en el programa Buen Comienzo Había Una Vez

La Estrategia de atención integral a familias gestantes, lactantes, niños y niñas durante su primer año de vida denominada “Buen Comienzo Había Una Vez”, viene operando en el municipio de Medellín: sus 16 comunas y sus cinco corregimientos desde el mes de junio del año 2009 y actualmente, cuenta con una población proyectada de 8.000 madres gestantes y lactantes (aproximadamente 50% gestantes y 50% lactantes) y 8.015 niños y niñas desde su nacimiento hasta los 12 meses de edad, dando con ello respuesta a las metas contempladas en el Plan de Desarrollo 2008-2011 “Medellín es Solidaria y Competitiva”.

Buen Comienzo Había una Vez- BCHUV-, es una estrategia que responde a una perspectiva incluyente, interdisciplinaria e intersectorial de atención al desarrollo infantil, contemplada desde el Programa Buen Comienzo –línea estratégica de atención a la primera infancia de la Alcaldía de Medellín-, concebido como uno de los elementos importantes que apunta al cumplimiento de las líneas estratégicas uno y dos del Plan de Desarrollo de Medellín, que busca el desarrollo integral, diverso e incluyente de las niñas y los niños desde la gestación hasta los seis años de vida.

Es una apuesta concreta por la Intersectorialidad e interinstitucionalidad que se ha hecho realidad a partir de la unión de los recursos dispuestos desde la Alcaldía de Medellín con sus Secretarías de Educación, Salud, Bienestar Social, el Instituto de Deportes y Recreación-INDER y la Empresa Social del Estado ESE-Metrosalud quien opera la estrategia, el aporte de recursos nacionales y la línea estratégica del Ministerio de Educación Nacional y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar-ICBF.

La atención que se brinda a las familias gestantes, lactantes y de los niños y niñas en su primer año de vida, está soportada en la modalidad de entorno familiar y en el enfoque de derechos y propende por la integralidad desde las áreas de la educación inicial, la salud, nutrición, sicosocial, pedagogía y el desarrollo lúdico y físico.

Su objetivo principal es el fortalecimiento del rol educativo de la familia y el desarrollo de competencias en la primera infancia desde la gestación, en respuesta a la trascendencia que tienen los primeros años de la vida para el desarrollo físico, cognitivo, emocional, trascendental y social de los niños y las niñas, a partir del reconocimiento y las potencialidades humanas.

Sus actividades fundamentales son el desarrollo de encuentros educativos realizados por un equipo interdisciplinario (pedagogos, nutricionistas-dietistas, psicosociales, profesionales del área de la salud y educadores físicos), las actividades pedagógicas-educación inicial, la estimulación adecuada, el acompañamiento familiar y comunitario, la entrega de complemento alimentario, vigilancia nutricional, visitas de acompañamiento en el hogar, el fortalecimiento de los programas de promoción de la salud y la prevención de la enfermedad, la articulación interinstitucional y la participación en escenarios de ciudad y de política educativa de primera infancia.

Los lugares en los cuales se desarrollan las actividades son en su mayoría las Unidades Prestadoras de Servicios de Salud –UPSS- de la Red Hospitalaria de Metrosalud, los Hogares FAMI del ICBF, ludotecas del INDER, Instituciones Educativas, sedes sociales, iglesias, Juntas de Acción Comunal; es decir, se aprovecha al máximo el equipamiento y la capacidad instalada comunitaria e institucional disponible para favorecer el acceso de la población más vulnerable de la ciudad.

Para el mes de agosto de 2010², de las 13.223 familias gestantes, lactantes y con niños y niñas en el primer año de vida que hacían parte de la estrategia, el 95% pertenecían a los niveles uno y dos del Sisben; el 59.5% no habían concluido los estudios secundarios; el 41% eran familias monoparentales femeninas extensas, el 19% del total, eran adolescentes (menores de 19 años), el 26% tenían niños y niñas mayores de 6 meses y la mayor concentración poblacional estaba en la zona nororiental (41%), específicamente en la comuna uno (13%) y en el barrio Popular (5%).

Focalizando la atención en las familias monoparentales extensas (3.420), se encontró para el mismo periodo (agosto de 2010), que el 58.6% no había concluido la

² Para este apartado fueron consultados los informes socio demográficos que la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez tenía en agosto de 2010.

secundaria, el 60% eran amas de casa y el 28% eran menores de 19 años. En relación a la concentración poblacional, se observó igual proporción que con el total, es decir, el 40% residía en la zona nororiental, el 12% en la comuna uno y 5% en el barrio Popular, adicionalmente se halló que el 22.75% de las familias (778) tenían niños y niñas mayores de 6 meses.

2.1.3. Las familias de la investigación

Los criterios para la selección de las familias que harían parte de la investigación estuvieron relacionados con:

- Madres que vivieran en el barrio Popular de la zona Nororiental de la ciudad de Medellín, por ser el lugar con mayor concentración de población.
- Madres sin apoyo de su pareja (monoparentales femeninas extensas).
- Con niños y niñas mayores de 6 meses de edad.
- Amas de casa.
- Nivel 1 y 2 del SISBEN
- Con mínimo 3 meses de antigüedad en la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez.

A partir de lo anterior, se identificaron 22 madres que cumplían con los criterios de selección, se estableció contacto telefónico con cada una de ellas para verificar estado civil actual y su disposición a participar en la investigación, de este ejercicio se obtuvo como resultado la disponibilidad de 6 madres. Para el momento de las entrevistas, se convocaron a las 6 personas identificadas y de ellas asistieron 4 al primer encuentro para la generación de la información (3 niños y 1 niña) y con ellas se dio lugar a la investigación.

En la presente investigación participaron cuatro madres con niños y niñas en el primer año de vida, habitantes del barrio Popular (comuna 1, zona nororiental de la ciudad de Medellín). Para efectos de contextualizar el análisis de los resultados, en donde aparecen citas textuales de las familias, se hace una descripción específica, de

cada una de ellas, precisando la información alrededor de la madre como eje central y señalando los demás integrantes que conforman la familia.

Familia uno, conformada por madre de 30 años, nivel uno del Sisben, con escolaridad hasta quinto de primaria, desempleada, con dos hijas (10 y 6 años) y un hijo (un año), comparte la vivienda con sus padres, con una hermana de 25 años y con tres sobrinos, en total son diez personas, cuatro adultos y seis niños y niñas. El sustento de la familia proviene de recorridos para pedir limosna que hace la madre los martes y los sábados, la venta de collares que elabora la hermana y la ayuda de los vecinos.

Familia dos, conformada por madre de 18 años, nivel uno del Sisben, con nivel de escolaridad hasta tercero de primaria, desempleada, embarazada y con una niña de un año. Comparte la vivienda con una tía y una prima, las cuales son las responsables de la economía de la casa fruto de las ventas de una tienda en la misma residencia. Adicionalmente cuenta con el apoyo de un vecino, que le provee los pañales para la niña.

Familia tres, conformada por madre de 22 años, nivel uno del Sisben, bachiller, desempleada, con un niño de un año, comparte la vivienda con sus padres de los cuales deriva su sustento, adicionalmente vive con dos hermanas y una sobrina.

Familia cuatro, conformada por madre de 27 años, nivel uno del Sisben, con nivel de escolaridad hasta tercero de primaria, con dos hijos, uno de 11 años y uno de ocho meses. Comparte la vivienda con una hermana y sus sobrinos y el sustento económico, proviene de realizar aseos por días, tanto ella como su hermana.

En resumen, las participantes de esta investigación son mujeres entre los 18 y 30 años de edad, pertenecientes a los niveles uno y dos del Sisben; con bajo nivel educativo. Todas tienen niños y niñas en el primer año de vida, ninguna tiene un empleo estable, su ocupación principal es ser amas de casa y su sustento lo derivan de la red familiar y social existente. Estas cuatro mujeres-madres no cuentan con el apoyo del padre de sus hijos ni tienen un compañero permanente. Hacen parte de familias extensas, es decir, conviven además de sus hijos e hijas, con otros familiares como padres, hermanos, sobrinos, primos, tíos, vecinos entre otros.

2.2. Justificación

Es claro que los procesos de crianza no se supeditan exclusivamente a la relación madre e hijo, sino que en ellos intervienen otras personas que aportan al cuidado de los niños y niñas; sin embargo, para esta investigación la relación madre e hijo/a, es la que tuvo mayor relevancia dado que el interés se centró en las familias monoparentales femeninas extensas, en donde la madre asume un rol protagónico frente a la crianza y en ausencia del padre o compañero sentimental, le corresponde enfrentar la responsabilidad de educar y acompañar a sus hijos e hijas. En ese sentido, conocer y comprender qué aspectos positivos se dan en esa relación madre-hijo/a sirven para comprender los factores movilizados que llevan a las madres a establecer un tipo de relación con sus hijos/as fundamentada en el buen trato, incluso en condiciones de pobreza y vulnerabilidad.

La crianza es un proceso que suscita limitaciones y responsabilidades, máxime cuando se habla de una mujer sin apoyo de su pareja, ama de casa, con un nivel educativo bajo, y con más de un hijo; pero también alude a retos y oportunidades, tal es el caso del proceso de socialización primaria que se da al interior de la familia y que se materializa a través de la crianza. Con la socialización, los padres, para este caso la madre, logra preparar a los hijos/as para la vida social y dicha preparación debe ser comprendida a la luz de lo que ha sido su historia de vida, la cultura y el contexto.

El proceso de socialización que se da a partir de la crianza, le permite al hombre alcanzar su “humanidad”, y ésta, como variable sociocultural, se construye, según Berger y Luckmann (2002, pp. 68-69), sólo a partir de la interacción con otros:

El proceso por el cual se llega a ser hombre, se produce en una interrelación con un ambiente. Este enunciado cobra significación si se piensa que dicho ambiente es tanto natural como humano”... La humanidad es variable desde el punto de vista sociocultural... Solo hay naturaleza humana en el sentido de ciertas constantes antropológicas (por ejemplo, la apertura al mundo y la

plasticidad de la estructura de los instintos) que delimitan y permiten sus formaciones socioculturales.

Pasando de la humanidad a la identidad que se consolida en los primeros años de vida, Nancy Chodorow (1974) en Gilligan (1982, pp. 22-23) refiere lo siguiente:

Las diferencias generales que caracterizan la personalidad y los papeles masculinos y femeninos, no responden a la anatomía sino en cambio al hecho de que las mujeres universalmente son responsables en gran parte del cuidado de los recién nacidos. Como este temprano medio social difiere en niños y niñas de tierna edad, y es experimentado por ellos de manera diferente, concurren diferencias básicas sexuales en el desarrollo de la personalidad. Como resultado, en cualquier sociedad, la personalidad femenina llega a definirse en relación y conexión con otras personas, más de lo que suele hacerlo la personalidad masculina. Chodorow se basa fundamentalmente en los estudios de Robert Stoller que indican que la identidad del sexo, núcleo inmutable de la formación de la personalidad, con raras excepciones, cerca de los tres años, ha quedado firme e irreversiblemente establecida para ambos sexos. Dado que los cuidados durante los primeros años de la vida, típicamente corren por cuenta de la mujer, la dinámica interpersonal de formación de identidad de los sexos es distinta para niños y niñas.

Si se tiene en cuenta que es en la primera infancia y en la familia donde se aprenden inicialmente los roles de género a partir de las interacciones cotidianas entre los adultos significativos y las niñas y los niños, vale la pena acercarse a las formas en que se establecen las reglas para relacionarse con los otros y las otras, qué cosas se permiten hacer y cuáles no y cómo se transfiere lo que es deseable y adecuado que hagan, piensen y sientan las niñas y los niños a partir de su condición de ser mujeres u hombres.

Por otro lado, cobra relevancia, desestigmatizar la condición de vulnerabilidad entendida según Gustavo Busso (2001), como la condición social de riesgo, de dificultad, que inhabilita la satisfacción de bienestar –en tanto subsistencia y calidad de

vida y su asociación al maltrato infantil, en otras palabras, vivir en un contexto de pobreza, no significa siempre una crianza caracterizada por los malos tratos, no es una relación directamente proporcional. En ese sentido, la identificación y comprensión de las prácticas de buen trato que sobresalen por encima de la condición de vulnerabilidad, permiten el reconocimiento de procesos alternativos fundamentados en la creatividad, la toma de conciencia y la actitud resiliente de las familias, trascendiendo el diagnóstico de situaciones adversas que es a lo que se reducen la mayoría de las intervenciones sociales.

Por todo lo anterior, esta investigación se concentró en la comprensión de las prácticas de crianza en un grupo de familias monoparentales femeninas extensas en condición de vulnerabilidad social y económica, del programa Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín, haciendo un análisis con perspectiva de género y buscando, más allá de factores de riesgo, aquellos que se convirtieran en factores protectores para la crianza, y que dan cuenta de prácticas de las madres para con sus hijas e hijos soportadas en el *Buen Trato*, que según Jorge Barudy (2006) es la respuesta correcta a las necesidades infantiles de cuidado, protección, educación, respeto, empatía y apego. Para este autor, satisfacer estos aspectos vitales, permite que las niñas y los niños puedan crecer como personas capaces de tener una buena autoestima y de tratar bien a los demás.

2.2. Pregunta de investigación

¿Cómo vivencian las prácticas de buen trato y equidad de género en la crianza de las niñas y los niños en su primer año de vida, un grupo de familias monoparentales en contexto de vulnerabilidad económica y social de la Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín?

2.3. Objetivos

2.3.1 Objetivo general

Visibilizar cómo vivencia las prácticas de crianza de buen trato y equidad de género con las niñas y los niños en el primer año de vida, un grupo de familias monoparentales femeninas extensas en contexto de vulnerabilidad económica y social del programa Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín.

2.3.2. Objetivos específicos

- Analizar el contexto de vulnerabilidad en el que se llevan a cabo las prácticas de crianza de buen trato.
- Reconocer las prácticas de crianza que evidencian buen trato de las madres hacia las hijas e hijos en el primer año de vida.
- Identificar las diferencias de género que existen en esas prácticas de crianza.

2.4. Metodología

Esta investigación respondió al *modelo comprensivo desde un enfoque hermenéutico*, pues se consideró que este era el que más se ajustaba para contextualizar, reconocer, encontrar el sentido y reflexionar los procesos de crianza de buen trato en el primer año de vida, desde las vivencias cotidianas de familias monoparentales femeninas de la Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez.

Como lo plantean Vélez y Galeano (2000, p. 35):

La hermenéutica tiene como propósito descubrir los significados de las cosas, interpretar las palabras, los escritos, los textos, los gustos, así como cualquier otro acto..., pero conservando su singularidad en el contexto de que forma parte...” “La hermenéutica es, por tanto, un enfoque general de comprensión, de indagación, concebido y diseñado especialmente para el

descubrimiento y la explicación de las estructuras o sistemas dinámicos que se dan en los seres humanos o en la organización o dinámica de los grupos de personas, étnicos o sociales.

Siendo consecuentes con el enfoque hermenéutico, se asumió una escucha crítica y un análisis en clave de contexto de los relatos de las familias, buscando descubrir lo que ha significado para las madres la maternidad, la crianza, el afecto y por supuesto el buen trato. Implicó un esfuerzo por interpretar el sentido de las palabras y los actos desde la realidad de pobreza y vulnerabilidad que caracteriza la vida cotidiana con el ánimo de develar los elementos que fundamentan la relación madre / hijo-a. El reto estuvo representado en la comprensión de las rutinas de crianza, desde la historia de las familias, buscando con ello hacer visibles las razones que las han llevado a incorporar el buen trato como elemento de protección frente a las limitaciones que representa el entorno.

Las estrategias de *generación de información*, utilizadas fueron una entrevista grupal a las cuatro familias participantes y dos entrevistas semi estructuradas a cada una de ellas (Ver Anexo 1: Guía de entrevista semiestructurada), las cuales fueron realizadas en los meses de septiembre y octubre de 2010. Así mismo, los diarios de campo del equipo investigador fueron utilizados para registrar las impresiones, reflexiones y análisis producto del trabajo de campo.

Para el análisis de la información se procedió a la transcripción fiel de cada una de las entrevistas, la codificación in vivo de los datos (Ver Anexo 2: Codificación) y el establecimiento de la relación existente entre las categorías temáticas encontradas a la luz de los objetivos de investigación y los nuevos elementos emergentes. (Ver Anexo 3: Agrupación Categorical Temática)

El ejercicio escritural por su parte, siempre buscó un diálogo entre la voz de las familias monoparentales femeninas, los autores y las investigadoras, tratando siempre de hallar el sentido desde la realidad que implica la vulnerabilidad, la crianza y el buen trato más allá de las palabras y las frases textuales.

3. REFERENTE CONCEPTUAL

El referente conceptual que se desarrolló para esta investigación está referido a las categorías vulnerabilidad, las prácticas de crianza, el buen trato y la familia y el género, intentando establecer un tejido que respondiera a la pregunta y objetivos de la investigación, pero sobre todo, para establecer una conversación entre lo que se ha construido teóricamente y lo que el contexto y la vivencia de las familias aportaron.

3.1 Vulnerabilidad social

Si se tiene en cuenta que la crianza está mediada por elementos de la historia, la cultura y el entorno, no se puede dejar de lado la identificación y comprensión del contexto de vulnerabilidad que rodea la cotidianidad de las cuatro familias que participaron de esta investigación, en tanto se convierte en insumo para la lectura de las prácticas de crianza de buen trato y su consecuente interpretación y significación.

El uso más tradicional del concepto de vulnerabilidad, ha tenido relación con enfoques vinculados a temas económicos, ambientales, desastres naturales y con la salud física y mental de los individuos. Para esta investigación, la vulnerabilidad es tomada como una noción multidimensional y diferencial de riesgo presente y futuro, en la medida que afecta tanto a individuos, grupos y comunidades en distintos planos de su bienestar, de diversas formas y con diferentes intensidades. Los autores más representativos que aportaron a la conceptualización fueron Busso, Granada y Pérez.

Según Gustavo Busso (2001, p. 8), se entiende el término de vulnerabilidad social como “una condición social de riesgo, de dificultad, que inhabilita de manera inmediata o en el futuro, a los grupos afectados, en la satisfacción de su bienestar -en tanto subsistencia y calidad de vida- en contextos socio históricos y culturalmente determinados”.

Perona y Rocchi (2000) por su parte, anotan que la vulnerabilidad es:

Un proceso por el cual se está en riesgo de engrosar el espacio de exclusión. No es lo mismo que pobreza, aunque la incluye, pues ésta tiene que ver con una situación de carencia efectiva y actual, mientras que la vulnerabilidad trasciende esta condición proyectando a futuro la posibilidad de padecerla a partir de ciertas debilidades que constatan en el presente. Desde este punto de vista, refleja dos condiciones: 1) La de los “vulnerados” que se asimila a la condición de pobreza, es decir, que ya padecen una carencia efectiva que implica la imposibilidad actual de sostenimiento y desarrollo y una debilidad a futuro a partir de esta incapacidad; y 2) La de los “vulnerables” para quienes el deterioro de sus condiciones de vida no está ya materializado sino que aparece como una situación de alta probabilidad en un futuro cercano a partir de las condiciones de fragilidad que los afecte.

Estos últimos autores, coinciden en precisar el concepto a partir del “riesgo presente y futuro”, lo que significa que la vulnerabilidad es un elemento que se debe comprender a la luz de la historia, las condiciones socioculturales, económicas y políticas de los grupos poblacionales, que alude a la calidad de vida, más allá de la satisfacción de las necesidades básicas y que debe analizarse de manera longitudinal, debido que el riesgo puede extenderse en el tiempo de manera indeterminada, haciendo que varíe su intensidad, pero conservando su prevalencia.

De igual forma, Pérez Contreras (2005), acuña la visión ampliada del concepto de vulnerabilidad ya planteado por Busso, Perona y Rocchi, cuando hace referencia al “ejercicio pleno de las libertades fundamentales”. Esto se traduce en una posición en donde entran en juego todas las dimensiones humanas (física, cognitiva, emocional, social y espiritual) y por tanto no gozar de manera efectiva de alguna de ellas, representa una condición de marginación, desventaja, y por tanto, de vulnerabilidad.

La vulnerabilidad fracciona y por tanto anula el conjunto de derechos y libertades fundamentales, de tal suerte que las personas, grupos o comunidades, tienen estos derechos únicamente a nivel formal, ya que en el hecho no se dan las condiciones necesarias para su ejercicio. La

vulnerabilidad viola los derechos de los miembros más débiles de una sociedad y los margina. (Pérez Contreras 2005, p. 5)

Para finalizar este apartado, vale la pena resaltar un elemento integrador para la comprensión del concepto de vulnerabilidad, introducido por Pérez Contreras (2005), tal es el caso de la dignidad. Es válido considerar desde esta perspectiva, la vulnerabilidad, también como aquella situación de riesgo presente o futura que afecta el valor propio que cada ser humano tiene en cuanto tal y como resultado su integridad se vea menospreciada.

El concepto de vulnerabilidad no se limita a la satisfacción de las necesidades materiales, incluye así mismo, las conductas discriminatorias que atentan contra la dignidad de las personas o de los grupos sociales. (Foster, Jacques. 1994, p. 329 citado en Pérez Contreras. 2005, p. 6).

En este orden de ideas, el contexto de vulnerabilidad de las familias que participaron de esta investigación, alude a elementos que van mucho más allá de la disponibilidad de satisfactores frente a las necesidades básicas y en su lugar, el mayor o menor grado de riesgo al que están expuestas -lo que se traduce en una posición de desventaja-, está determinada por el ejercicio o no de las libertades fundamentales, desde una comprensión holística del ser humano, en donde no sólo basta el tener, sino, que también es necesario una realización desde el ser y el hacer.

3.2. Prácticas de crianza

En este apartado se desarrollará el concepto de crianza, centrando la definición en las prácticas de cuidado, protección, afectividad, socialización, enculturación y educación que se dan entre los padres, las madres, las personas significativas y los niños y niñas. De igual manera, se presentan los conceptos de patrones, pautas, subsistemas y hábitos como elementos que tienen estrecha relación con la crianza. Para clarificar el concepto de crianza se retomarán las ideas de *Peralta 1996* y otros autores como *Mori y Leighton 1990* y otros, pues como se verá, aportan ideas que fueron sustanciales para el tema de investigación.

Pocos asuntos humanos tienen tanta relevancia en el destino personal y colectivo de una sociedad como la crianza de las niñas y los niños, ámbito que por la carga histórica, política, social, cultural y afectiva que conlleva, se presenta a la vez, como un tema de gran complejidad. En este sentido, la crianza permite comprender las realidades socioculturales, las representaciones simbólicas, las creencias, los patrones, los hábitos, las pautas, las normas, los subsistemas culturales y las prácticas de crianza en los procesos de socialización de los niños y niñas.

Desde una perspectiva cultural no comprende sólo una serie de prácticas fácilmente observables e identificables, sino que en tanto expresión cultural, conlleva un conjunto de creencias, saberes, valores, pre-concepciones y concepciones sobre el niño, la familia, el rol de los adultos, que realizan para nuestro caso las personas significativas, no solo los padres o adultos sino toda persona significativa, etc. (Peralta, 1996). Dicho en términos de la autora, la crianza comprende *“los procesos de cuidado, protección, afectividad, socialización, enculturación y educación que las personas significativas les otorgan a las niñas y niños, en especial, en los primeros años de su existencia. Este periodo, por ser el más vulnerable y plástico en la vida humana, determina la relevancia de estas acciones, que velan no solo por la existencia del niño, sino por su desarrollo oportuno y adecuado, junto con su integración a su grupo de pertenencia”*.(Peralta: 1996, p. 11).

La crianza implica un conjunto significativo de procesos, percepciones y actividades referidas al cuidado de las niñas y los niños, al conocimiento de sus valores, creencias, educación, además de la influencia de la comunidad y de las culturas externas, que inciden en el desarrollo de la personalidad del niño, integrando sus creencias, valores, explicaciones y preconceptos.

En la crianza se habla de patrones, pautas, subsistemas culturales, hábitos y prácticas de crianza, ya que este proceso incluye no solo las modalidades que se ponen en práctica sino los ideales que esas prácticas encarnan, siempre contextualizadas en una determinada comunidad con pautas culturales propias.

A continuación se abordarán algunas precisiones que en especial Peralta hace sobre estos conceptos básicos, a fin de poder comprenderlos para determinar las interacciones que se dan en torno al cuidado, crecimiento y desarrollo de la niña y el niño, visibilizando así, la complejidad de los elementos que se mezclan en dichas interacciones humanas y sus múltiples matices, dado que se conjuga el pasado y el presente de las personas que participan, lo imaginario y lo real que se vive en el interior y exterior de los sujetos, lo íntimo y lo social, los contextos y la cultura que inciden en la cotidianidad de la crianza.

Los patrones de crianza suponen una estructura o configuración que tiene una cierta estabilidad, y que por tanto, orienta ciertos procesos que se derivan de él. Aplicado a la crianza infantil, podría entonces señalarse que implicaría una estructura o configuración cultural -por tanto aprendida y relativamente peculiar a cada comunidad-, referida al cuidado y desarrollo de los niños. (Peralta: 1996, p. 12). En otras palabras, es un comportamiento que se repite de generación en generación.

Las pautas de crianza son un conjunto predeterminado y por tanto consensuado de formas relativamente específicas de criar a los niños y las niñas que guía ese actuar. De hecho, Cabello, Ochoa y Filp (1994) citado (En Peralta: 1996, p. 13), señalan que las “las pautas de crianza encierran el deber ser sociocultural del grupo en lo que se sabe adecuado para el niño o la niña, constituyen una guía para el grupo en cuestión, puesto que reflejan lo que es aceptado en la sociedad”.

Los subsistemas de crianza tiene a su favor el abarcar ambas dimensiones: el componente ideacional prescriptivo, sobre cómo debe ser la crianza de los niños, y el práctico, que evidencia el cuidado efectivo que se hace. A su vez, permite establecer relaciones entre estos grandes componentes y sus subcomponentes, y sobre todo, darle una cierta coherencia interna a este universal de la cultura, cualquiera que sea su expresión.

Esto último significa, “no entender una práctica de crianza como un hecho aislado sin sentido, sino como una manifestación socio-cultural que responde a una cierta articulación interna, pero a la vez, al sistema mayor del que hace parte. Este sistema mayor, que es la cultura del grupo de pertenencia, debe concebirse a su vez, con

todas las dinámicas y complejidades culturales que tiene hoy cualquier grupo social, que entre otros, abarca temas transversales, como es por ejemplo, el de la pobreza y lo pluricultural. (Peralta: 1996, pp. 14-15).

El habitus propuesto por Pierre Bourdieu, y retomado por F. Lima, (1992) en Peralta (1996), quien es una de las antropólogas que ha empleado este concepto en estudios de esa disciplina, explica que el habitus es “una estructura, un sistema, un proceso, que se va conformando paulatinamente desde la infancia y durante toda la vida, en la familia, la escuela, la colonia, entre otros. Agrega que el habitus estructura (inconscientemente) un modo de clasificar y experimentar lo real”, por lo que sistematiza las prácticas individuales y colectivas y determina aquello que debe sentirse como necesario en función de la condición de clase. Añade: “no obstante esta paulatina y fuerte estructuración, el habitus no es algo inamovible, ni las prácticas responden mecánicamente al habitus, pues estas también se modifican, se transforman, ante condiciones y situaciones de un nuevo contexto”.

Estas precisiones teóricas nos permiten reflexionar sobre la posible influencia de los patrones, las pautas y los habitus en nuestra cultura, en nuestras familias y en nuestra vida individual, aunque no significa que nos determinan, dado que la experiencia de la crianza se modifica y transforma, proponiendo nuevas miradas y vivencias en la cotidianidad de su existencia.

Las prácticas de crianza aunque para (Peralta: 1996, p. 14) es concebida como las interacciones entre los adultos y los niños que posibilitan la supervivencia y el desarrollo de estos últimos (pero que también implican cambios en los adultos por el rol activo de las niñas y niños), son un concepto más amplio, más integrado, abarca tanto los componentes ideacionales (creencias, valores, aspiraciones, explicaciones, preconcepciones, entre otros) como sus expresiones concretas.

Mori y Leighton, 1990, señalan que las prácticas de crianza son “formas recurrentes de interacción entre los adultos y los niños (cómo se les ama, se les perdona, se les trata, se les impone disciplina o se les castiga). Estas formas tienen una cierta recurrencia en un grupo social determinado y dependen parcialmente de las

formas de organización familiar”. Se materializan en acciones concretas de quienes cuidan a los niños y niñas en la cotidianidad.

Como vemos las prácticas de crianza son procesos amplios y complejos, que según los planteamientos de los autores cuestionan la predominancia adultocéntrica de nuestra cultura. De otro lado, consideramos que además de los adultos, existen otros actores que hacen parte de la crianza, que estos no son los únicos que socializan, también hay otras personas significativas como los hermanos y los mismos niños y niñas que participan de la crianza. En este sentido se reconocen las prácticas de crianza como un proceso de interacción dinámico, activo y selectivo, que expresa particularidades en cada familia y no señala exclusivamente a los niños y las niñas, sino también a las personas significativas, pues ambos asumen roles activos dándose una relación bidireccional y de mutua influencia.

En la crianza entran también en juego un conjunto de relaciones y componentes externos e internos. Aspectos materiales como vestimenta, adornos, juguetes, alimentos, golosinas, utensilios, recinto y mobiliario destinado a los niños y niñas. Del mismo modo, los aspectos ideacionales entre los que se puede mencionar las creencias y concepciones referidas a los niños y las niñas, las concepciones sobre el desarrollo o ciclo vital, la salud, las normas en la relación familia-niño/a, y los recursos para orientar el comportamiento que se consideran convenientes.

Profundizando en el componente externo se advierte que “La niñez de hoy en día (...), en grado cada vez mayor, es un producto de masas. En torno al niño se organiza todo un conjunto de industrias, equipos de especialistas y disciplinas científicas (...) para los niños se producen vestimentas, mobiliario, libros, revistas, grabaciones, canciones, juguetes, programas de televisión y multitud de artefactos.” (Brinkmann 1986, p. 15). Es irrefutable que el niño y la niña son vistos hoy como jugosos candidatos/as del y para el marketing, pero están en la lente todos y todas, dado que estos y sus familias son sus potenciales consumidores. Las familias vulneradas no son ajenas a esta influencia e igualmente vivencian y adaptan condiciones para generar ambientes propicios para sus hijos e hijas.

Las prácticas de crianza se encuentran permeadas por factores sociales, económicos, políticos, estructurales e ideológicos que las atraviesan y que inciden en las relaciones que se tejen a su interior, como las relaciones de poder, la comunicación, las relaciones de género, la expresión de la afectividad, los recursos para encauzar el juego, la educación y sus procedimientos que se manifiestan de una u otra forma según el sistema cultural del que formen parte.

A este respecto, diferentes estudios muestran que cada grupo cultural promueve las potencialidades que selecciona y valora como significativas (Diaconia: 2003). Tenorio & Sampson (2000, pp. 269-270), indican en el mismo sentido que “cada cultura aprecia y fomenta ciertas competencias, mientras que otras posibles, como no son de aparente utilidad o son contrarias a las tendencias generales valoradas, serán desdeñadas o simplemente ignoradas.” Añaden que es el grupo social quien decide “qué tipo de individuo humano necesita o desea, y amolda consecuentemente la sustancia humana con vistas a la reproducción de su organización y estilo característicos.” (2000, p. 270). En esta dirección, Rogoff (1993, p 35) señala que, “las destrezas que cada comunidad valora constituyen las metas locales del desarrollo. Las prácticas sociales que apoyan el desarrollo del niño se relacionan con los valores y actividades que, en esa comunidad, se consideran importantes”.

Emergen de lo expuesto, la complejidad en los diversos acompañamientos que se brindan en la crianza, la inscripción simbólica a su grupo familiar y a una cultura particular, pero además otro elemento fundamental, es la afectividad.

Es de observar, que aunque las atenciones primigenias –el alimento y abrigo– son básicas, en tanto garantizan la supervivencia, diversos estudios han revelado que el cuidado de los niños y las niñas debe trascender este nivel, insistiendo en que la base del altruismo social depende principalmente de los cuidados afectivos que reciben niñas y niños, sobre todo en su primera infancia. Los niños y las niñas tienen derecho a vivir en un contexto de seguridad emocional, así como a disponer de lazos afectivos con adultos “suficientemente disponibles” y accesibles. Capaces de transmitirles una aceptación fundamental, de proporcionales el apoyo indispensable para la aventura de crecer y un clima emocional donde la expresión de los afectos sea posible.” (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 64).

Este fuerte vínculo permite que los niños/as crezcan seguros, dándoles alas para tejer relaciones de confianza posteriores, posibilitándoles escribir una historia de vida protegida por el amor. El legado socio afectivo con los cuales se socializan los niños/as, dejan huellas indelebles en sus propios procesos de consolidación como seres humanos de allí la importancia del buen trato como se desarrollará a continuación.

3.3 Buen trato en la crianza

En este apartado se desarrollará el concepto de buen trato entendido como la capacidad de los padres para cuidar, proteger y educar a sus hijos, acciones que como se expuso anteriormente, se viven en el proceso de la crianza. Para desarrollar el concepto se tomaron en cuenta los postulados de Jorge Barudy³, para quien hablar de cariño, estimulación y cuidado es también hablar de Buen Trato, concepto que entiende como el resultado de la conjugación de los recursos comunitarios de un colectivo y las competencias parentales –capacidades prácticas de los padres para **cuidar, proteger y educar** a sus hijos, asegurándoles un desarrollo suficientemente sano- en respuesta a las necesidades de todo orden que tienen los niños y las niñas en función de su desarrollo integral.

Las actitudes y prácticas que favorecen el buen trato, que para el autor son competencias parentales, dependen, en parte de los patrones de crianza con los que las personas son formadas en su infancia, dichos patrones están mediados a su vez, por el contexto sociocultural. Esto significa que para comprender a fondo la crianza, se deben tener en cuenta los comportamientos heredados, la experiencia vivida en la crianza, los nuevos aprendizajes a partir de la relación con los hijos y la influencia sociocultural según la época.

Para Barudy (2006), entre las competencias parentales favorecedoras del buen trato, sobresalen elementos como: el *apego* referido a la capacidad de los padres para vincularse afectivamente con sus hijos e hijas y a partir de ello, responder a sus necesidades; la *empatía* como la capacidad para interpretar las expresiones emocionales y gestuales a través de las cuales los hijos manifiestan sus necesidades; *los modelos de*

³ Neuropsiquiatra, psiquiatra infantil y terapeuta familiar, considerado experto mundial en temas de resiliencia.

crianza, que son fenómenos culturales que se transmiten de generación en generación y contienen de forma explícita o implícita las percepciones y comprensiones frente a las necesidades de niños y niñas así como las formas de satisfacerlas; y por último, está la *participación en redes sociales y la utilización de los recursos comunitarios*, es decir, la capacidad para pedir, aportar o recibir ayuda de la red familiar, social e institucional.

Como puede observarse, este concepto pone de manifiesto que la familia no es la única responsable de promover el buen trato, y que en el momento en que la sociedad concibe a los niños y las niñas como sujetos de derechos y sujetos sociales que interactúan permanentemente con el entorno, es cuando la comunidad y las instituciones entran a hacer parte de la red de apoyo en favor del bienestar de la infancia.

Según Barudy (2005) los buenos tratos a niñas y niños aseguran el buen desarrollo y el bienestar infantil y son la base del equilibrio mental de los futuros adultos y, por tanto, de toda la sociedad. El punto de partida de los buenos tratos a la infancia es la capacidad de madres y padres para responder correctamente a las necesidades infantiles de cuidado, protección, educación, respeto, empatía y apego. La competencia parental en estos aspectos vitales permite que las niñas y los niños puedan crecer como personas capaces de tener una buena autoestima y de tratar bien a los demás.

Diferentes investigaciones realizadas en el campo de la neurología, la etología humana y las neurociencias entregan la información necesaria, para que no quede ninguna duda que la maduración del cerebro y del sistema nervioso de los infantes, depende del cariño, la estimulación y los cuidados que reciben del mundo adulto. Cuando esto no ocurre existe un enorme riesgo de daños de las diferentes funciones mentales necesarias para asegurar el aprendizaje, una adaptación sana al entorno y la participación en relaciones interpersonales afectivas basadas en el respeto y la reciprocidad en la producción de cuidados. (Barudy: 2006).

Para finalizar y complementar lo anterior, se debe tener en cuenta que en el buen trato influyen factores como; *el rol de los adultos* que acompañan de cerca la crianza,

motivamos por el vínculo afectivo que los une con los niños y niñas; *el apego seguro* que genera en los niños y niñas confianza en sí mismos, calidez, estabilidad, positivismo, amistad, capacidad de enfrentar el mundo, sociabilidad y empatía; *los estilos de crianza*, conformado por los hábitos, las costumbres y las tradiciones; la *resiliencia*, entendida como la capacidad de salir adelante a pesar de la dificultad y el *autocuidado*, o cuidado de sí como principio de cuidado hacia los demás. (Barraza: 2003)

3.4 Familias y Género

Familias.

Cada persona lleva a cabo su proyecto familiar como realmente le conviene, le interesa o le gusta. Coexisten en la actualidad muchos tipos diferentes de familias y una gran variedad de vivencias familiares, por eso ya no es posible hablar de “familia” sino que se utiliza el término “familias” así, en plural.

En las familias también se pueden observar factores sociales, políticos, e ideológicos que las atraviesan como institución social y que inciden en las relaciones que se tejen a su interior. Las prácticas de crianza, las relaciones de poder, la comunicación, las relaciones de género, entre otras, atraviesan los procesos de socialización y estos se perpetúan o se transforman en la familia o en los otros espacios de socialización secundaria como el escolar, los grupos sociales y la cultura misma.

El concepto de familias puede definirse como el primer sistema de relaciones que se encuentra activo en las culturas, y en el que tiene incidencia la subjetividad de las personas que la integran. Acorde con la perspectiva sistémica, la familia es un sistema de relaciones flexible y dinámico, dado que las familias no se han conformado a lo largo de los siglos como una estructura inamovible o estable, sino que han ido cambiando y se ha ido adaptando a los momentos históricos y a las necesidades de las sociedades

humanas. Incluso, en los últimos decenios, hemos asistido a profundos cambios en la composición y la distribución de los roles familiares.

Como todo sistema, la familia es cambiante, está en constante movimiento, lo que le da posibilidades de constituirse como un grupo poliforme, de diversas maneras de organización, que la hacen compleja, atractiva y a la vez distinta a otros grupos sociales. Al respecto plantea Patricia Tovar que:

“ Las estructuras han cambiado en gran medida. Pocas madres pueden darse el lujo de quedarse en sus casas, dedicadas exclusivamente a la crianza de sus hijos, ya sea porque su contribución económica es fundamental o por el deseo de ejercer una carrera y percibir un salario propio. El número de familias reconstituidas por nueva relación, después de divorcio o la separación, también ha aumentado al igual que las familias uniparentales, donde hubo matrimonio o donde, por no haber un nuevo matrimonio, queda una sola persona con la responsabilidad total de los hijos” (Tovar, R: 2003, p. 13).

Frente a estos cambios y el crecimiento de nuevas tipologías de familias Puyana y Lamus expresan: *“la proporción de los hogares extensos se mantiene a través de los años, mientras, mientras que el hogar nuclear tiende a descender, y, por el contrario, se aumentan las familias monoparentales, bien sea en hogares extensos o las constituidas por jefes de hogar mujeres, sin pareja, y con la prole”*. (Puyana y Lamus: 2003. P .33).

Una de las funciones que la familia sigue cumpliendo a pesar de los cambios, es la socialización. Para muchos autores, el escenario familiar y las relaciones que en su interior se tejen favorecen este proceso; *“la familia es el primer contexto socializador, y aunque no es el único, si es el primer tamiz a través del cual se adquieren los elementos distintivos de la cultura, los valores y las creencias que la caracterizan, la información acerca del modo en que se configuran las relaciones sociales en la sociedad, el modo en que se debe comportar en cada situación, e incluso, el modo en que se llega a pensar y sentir acerca de sí mismo”* (Musittu: 2001, p. 21).

El papel principal de la familia en los procesos de socialización se hace evidente en la denominada socialización primaria (Berger y Luckmann: 1968) debido a que los

primeros referentes sociales de la niña y el niño son sus padres o cuidadores y los demás integrantes del grupo familiar. Para estos teóricos la construcción social de la realidad se realiza en un proceso dialéctico compuesto de tres momentos: externalización, objetivación e internalización. La internalización es la aprehensión o interpretación de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, es decir, en tanto que es manifestación de los procesos subjetivos de otro y en consecuencia se vuelven subjetivamente significativos para el individuo, por lo que la socialización primaria comprende los procesos de *internalización* en las primeras etapas de la vida, con una carga afectiva y valorativa que, determinan la inserción de los individuos en los procesos de socialización posteriores. Y termina cuando el concepto del *otro generalizado* y todo lo que esto comporta se ha establecido en la conciencia del individuo, es decir, cuando ya es miembro afectivo de la sociedad y está en posición subjetiva de un yo y un mundo.

De otro lado, en la socialización primaria, la niña y el niño construye su identidad; “El niño acepta los "roles" y actitudes de los otros significantes, o sea que los internaliza y se apropia de ellos. Y por esta identificación con los otros significantes, el niño se vuelve capaz de identificarse con él mismo.” (Berger y Luckmann: 1968, p. 167). Este identificarse consigo mismo o su yo, se va transformando con los procesos que Berger y Luckmann (1968) ubican en la socialización secundaria.

En conclusión, la familia es el primer contexto socializador del individuo, está influenciada por factores sociales, políticos, e ideológicos que las atraviesan como institución social, ha tenido cambios en sus funciones, estructura y dinámica; los sujetos que la conforman han cambiado (el matrimonio no es necesario para hablar de familia, el número de hijos se ha reducido y no necesariamente tiene que haber hijos para hablar de familia, los núcleos familiares se reconstituyen, entre otros aspectos). En relación con las familias de esta investigación, encontramos que son familias monoparentales donde la madre es la principal responsable de la crianza, cuidado y socialización de hijos e hijas aunque hay más de un adulto comprometido en este proceso (padre, madre, hermanos, tías, amigos, entre otros).

Aunque muchos autores sostienen que en las familias los hijos suelen llegar al mundo en función de un proyecto compartido, la realidad nos muestra que existen

múltiples casos donde esto no ocurre, debido a la dinámica propia de las familias, que en el caso de las mujeres participantes de esta investigación, asumen la tarea de la crianza sin el padre de sus hijos e hijas y con la participación de otros adultos que integran la familia. Sin embargo, se proyectan en el proceso de la crianza con el padre de sus hijos e hijas, o aun, con otra pareja.

Familias monoparentales femeninas.

Entre las múltiples formas de constitución actual de las familias, surge la monoparental, que en palabras de Musito es “aquella constituida por un padre o una madre que no vive en pareja (entendiendo pareja casada o que cohabita). Puede vivir o no con otras personas (amigos o los propios padres) y vive al menos con un hijo menor de 18 años” (Musito: 2001, p. 16).

Actualmente, un hecho evidente es que en la mayoría de las familias monoparentales, la cabeza de familia es la mujer y las razones de ello pueden ser: La diferencia de la esperanza de vida entre hombres y mujeres, que deja a muchas mujeres con cargas familiares. En ocasiones la conformación de este tipo de familia, tiene que ver con el alto número de asesinatos de hombres jóvenes que dejan a sus parejas adolescentes embarazadas o con hijos muy pequeños; siendo ellas quienes asumen las responsabilidades de cuidado, crianza y manutención de sus hijas e hijos.

Es importante aclarar, que la monoparentalidad no siempre es producto del abandono o muerte del padre, sino que las mujeres han asumido tal rol por iniciativa propia lo que agrega un elemento más de diversidad acerca de una misma forma familiar. Otros casos son por ruptura matrimonial, (separación o divorcio) de común acuerdo entre la pareja; y también se da a partir del nacimiento de un hijo/a sin que medie una relación matrimonial.

En otras circunstancias, son las mismas mujeres las que renuncian a convivir con su compañero porque estos no cumplen con sus responsabilidades económicas y/o afectivas, por el abandono, rechazo y desinterés de los hombres para asumir la paternidad responsablemente, lo que implica que ellas lideren a sus familias en condiciones de soledad.

Otra razón que consideramos muy importante pero que no podríamos profundizar en este estudio es el peso de la tradición, que responsabiliza más fuertemente a la mujer en el cuidado de las hijas e hijos y ello produce una mayor obligatoriedad a las mujeres de quedarse con la custodia de estos, en casos de separación o divorcio. En este mismo sentido, al reflexionar la historia de la familia en Colombia, el historiador Pablo Rodríguez plantea que la familia tiene una importancia relevante en el contexto social, además que asume un lugar tan singular que: (...) *es bueno reiterarlo, ha tenido en las mujeres su principal apoyo. En los cinco siglos de su historia, la jefatura femenina del hogar ha sido tan persistente, que bien podría considerársele como uno de sus componentes formativos.* (Rodríguez: 2004, p. 287).

Para esta investigación, entendemos que las familias monoparentales son una forma de organización familiar con un solo progenitor, la madre, la cual puede residir independientemente o con su familia extensa o incluso compartiendo el lugar de residencia con otras personas (familiares o no) y en la cual hay hijos o hijas menores de 18 años.

Familias y socialización de Género.

Pese a las profundas modificaciones en la estructura y las funciones de la familia, la crianza de los hijos e hijas continúa siendo una de sus funciones principales, cuestionada en nuestro tiempo por el recontrato existente entre los géneros y las generaciones. (Musito: 2001, p. 71). La familia, y más exactamente las familias, constituyen un ambiente especialmente privilegiado para la transmisión de los elementos culturales, en un proceso denominado socialización, mediante el cual las personas adquieren los valores, creencias, normas y formas de conducta apropiados en la sociedad a la que pertenecen.

Paralela a la adquisición de una imagen del mundo, las hijas y los hijos adquieren también en la familia un concepto de sí mismos, una identidad como mujeres y como hombres. De acuerdo con Mabel Burin e Irene Meyer, (1998, p. 125) “*las diferencias entre los hombres y las mujeres se aprenden y se desarrollan en la familia*

de origen y estas, posteriormente, se reproducen en la familia propia y en otros ámbitos diferentes a la familia”.

Las transformaciones en los procesos de construcción de identidad sexual y los roles sociales asociados a la misma, se comprenden teniendo claridad sobre dos aspectos: Primero, que la sexualidad humana es parte de la construcción ideológica de la sociedad, por tanto, es histórica y evidencia relaciones jerárquicas de subordinación de género, en particular, subordinando el desarrollo y proyecto de vida de la mujer al proyecto vital del hombre, lo que se ha denominado la cultura patriarcal. Segundo, que en el transcurso de la interacción durante el proceso de socialización primaria y secundaria se generan diversos conflictos. Precisamente, si durante las etapas tempranas de la vida se han reforzado valores y roles sociales que mantienen la cultura patriarcal, la participación posterior en la vida institucional (como la plantean Berger y Luckmann) puede producir contradicciones que conduzcan a un replanteamiento de esa realidad subjetivada tanto en hombres como en mujeres, situación que puede ir resolviéndose con la construcción de una nueva subjetividad que no está basada en la dicotomía hombre-mujer.

De acuerdo con Gabriela Castellanos entendemos el género como el sistema de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder que dan contenido al cuerpo sexuado, a la sexualidad y a las diferencias físicas, socioeconómicas, culturales y políticas entre los sexos en una época y en un contexto determinado (Castellanos 2003, p. 48). En esa medida puede asegurarse que el género constituye una de las dimensiones básicas de toda organización social.

Desde esta perspectiva el género se asume como el proceso mediante el cual se construyen unos discursos históricamente tejidos y culturalmente legitimados sobre la sexualidad y las identidades sexuales, como lo plantean Laslett y Brenner (1989, p. 382), no es visto como un producto estructuralmente determinado, sino como resultado de las acciones humanas en condiciones específicas. Por lo tanto, más que a una característica individual, el género se refiere a las relaciones sociales que moldean la identidad de hombres y mujeres.

Las diferencias de género se convierten fácilmente en desigualdades. Estas diferencias son el resultado de la continuidad a través de la historia de los estereotipos de género tradicionales que aún se mantienen en muchos países occidentales como en Colombia, y son transmitidos en el proceso de socialización primaria a través de los modelos familiares y luego se continúan en la escuela en el proceso de socialización secundaria; consolidándose las diferencias en la socialización de hombres y mujeres que a su vez contribuyen al sostenimiento de los estereotipos de género o a las creencias generalizadas o compartidas culturalmente sobre los atributos que caracterizan o que se consideran prototípicas de hombres y mujeres.

Entendemos entonces, la socialización de género como el proceso por el cual se aprende qué tipo de comportamientos, valores, intereses, emociones y cualidades psicológicas son consideradas socialmente adecuadas para hombres y cuáles para mujeres, y en consonancia con Gabriela Castellanos *“los roles que culturalmente nos ha tocado desempeñar, la educación que tradicionalmente se nos ha dado, en general conducen a que hombres y mujeres partamos de visiones contrastantes del mundo y que empleemos maneras diferentes de expresar nuestros puntos de vista y de enfocar los problemas”*. (Castellanos: 2003, p. 52).

Para esta investigación observar aspectos que tienen relación con la socialización de género, donde se evidencien transformaciones en los valores y roles sociales que definen el comportamiento de hombres y mujeres, cobra importancia si se considera la equidad de género en la crianza como una práctica de buen trato. Para esta investigación, los estereotipos de género sexista en las familias, si existen, se pueden observar y conocer en el ámbito de la interacción entre la niña y el niño y la madre y/o cuidador/a, así como en las expresiones verbales y no verbales presentes en las prácticas de crianza que van configurando el género.

4. ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN

A continuación se presentan los resultados de la investigación, relacionando los hallazgos en función de tres bloques temáticos en coherencia con los objetivos de investigación: Vulnerabilidad, prácticas de crianza de buen trato y diferencias de género en la crianza.

LA VULNERABILIDAD... MÁS QUE POBREZA, LIMITACIÓN EN EL EJERCICIO DE LAS LIBERTADES FUNDAMENTALES DEL SER HUMANO

Para iniciar este apartado, se hace necesario aclarar la diferencia entre el concepto de pobreza y de vulnerabilidad, pues si bien tienen una estrecha relación, no son sinónimos y ambos permiten un análisis más amplio del contexto de las cuatro familias que hicieron parte de esta investigación.

Estas familias, además de ser pobres por tener en el aquí y el ahora claras carencias económicas a razón de sus limitados ingresos, y sociales por su bajo nivel educativo, su condición de monoparentalidad femenina y el número de integrantes por familia, por citar sólo algunos elementos, también son consideradas vulnerables, en primer lugar, porque su realidad cotidiana las ubica en una situación de desventaja no sólo presente sino también futura para gozar de manera efectiva de oportunidades concretas que aumenten su calidad de vida, y en segundo lugar, porque difícilmente su contexto cambiará en el corto y mediano plazo, por tanto, su condición de riesgo tampoco desaparecerá.

Para García González (2010), la *pobreza*, o mejor las *pobrezas*, hacen referencia a las *situaciones de carencia efectivas y actuales, no sólo a nivel económico sino también social*, que impiden a las familias, la adquisición de un nivel mínimo de satisfactores básicos de orden multidimensional, relacionados con la salud, la educación, seguridad social, calidad y espacio de la vivienda, servicios públicos, alimentación, cohesión social, entre otros.

La *vulnerabilidad* por su parte, es concebida desde Pérez Contreras (2005), como una *situación de riesgo y desventaja que impide el ejercicio pleno de las*

libertades fundamentales, del ser humano, las familias o las comunidades desde sus diferentes dimensiones (físicas, cognitivas, emocionales y sociales).

En este sentido la vulnerabilidad, aunque puede incluir a la pobreza, es un concepto más vasto que trasciende el tema de las necesidades básicas y se vincula con todos aquellos elementos de orden multidimensional que en el ser humano determinan su bienestar en el amplio sentido de la palabra.

Estas familias monoparentales femeninas con niños y niñas en el primer año de vida, han tenido que convivir con una historia de violencia, movilidad intraurbana y planificación urbana descontrolada que caracteriza los barrios de estratos bajos de la comuna Popular de la zona nororiental de la ciudad de Medellín. Paradójicamente, sobresale en todas ellas una actitud que se acerca a aquello que Nussbaum (2006, p. 6) llama la “capacidad de agencia”, referida no a la satisfacción de las necesidades per se, sino a las oportunidades a las que acceden las personas para elegir y actuar de manera contundente en función de una mejor calidad de vida. En el caso de estas familias, no podría decirse plenamente que tienen capacidad de agencia, no obstante, las actividades diarias que hacen para la búsqueda del sustento, la expresión permanente de afecto con sus hijos e hijas, el uso de la creatividad en la crianza y la asistencia asidua a programas del Estado, como la Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez,⁴ para estas madres y sus hijos e hijas, constituye una búsqueda del ejercicio de sus libertades y una cualificación de su rol de madres aun en medio de condiciones de vulnerabilidad.

Afrontando individual y colectivamente la vulnerabilidad

A continuación se presentan las principales formas que las familias, reconociendo su realidad de riesgo, asumen para hacerle frente a su condición de vulnerabilidad, aunque ello no signifique que dicha situación en efecto se supere.

Si bien es cierto que las cuatro familias participantes de esta investigación son consideradas vulnerables, es necesario tener presente que las condiciones de riesgo a las

⁴ En donde encuentran apoyo de orden material -entrega de complemento alimentario- y social -acompañamiento profesional-.

que se ven abocadas varían de una a otra, porque su dinámica de vida tiene algunos elementos diferenciales, tal es el caso de la forma como acceden al alimento para sus familias, el nivel educativo de las madres, la edad, el número de hijos a cargo, el número de integrantes por familia, el apoyo de la red familiar, de amigos o vecinos, por mencionar algunos; lo que las hace semejantes es el uso de estrategias para afrontar dichos riesgos, como por ejemplo, la ampliación de su horizonte temporal, la visión esperanzadora del mundo y la percepción positiva de sí mismas y de sus hijos e hijas lo que las lleva a convencerse de todo lo que son capaces de hacer por ellos.

Esta actitud alude a lo que Nussbaum (2002, p. 32), llama el “enfoque de capacidades humanas, es decir, aquello que la gente es realmente capaz de ser y hacer, de acuerdo a una idea intuitiva que corresponda a la dignidad del ser humano”. Para estas mujeres es claro que su bienestar y en especial el de sus hijos e hijas, depende de lo que ellas son capaces de ser y hacer por ellos y por eso aprovechan conscientemente su creatividad, las oportunidades que ofrece el medio y el afecto como mediador en las relaciones materno infantiles. La dignidad humana se materializa cuando estas madres se reconocen así mismas y reconocen en sus hijos e hijas, personas no sólo con limitaciones, sino seres con un inmenso potencial merecedores de condiciones que favorezcan su desarrollo y por tanto reflexionan, se movilizan y buscan alternativas que dan cuenta de una posición no victimizadora de su realidad y por el contrario, actúan en función de brindarles una infancia mejor de la que ellas tuvieron.

Cada una de las madres de esta historia de buen trato, han sorteado su condición de vulnerabilidad según sus posibilidades personales y las oportunidades que su entorno de familia, vecinos y amigos les ha brindado. Algunas de ellas han superado su propia historia y han re-escrito un nuevo camino para sus hijos e hijas alejándose cada vez más de las huellas que dejó su infancia y la crianza que recibieron de sus padres, caracterizada, algunas de ellas, por el maltrato. Sus hijos e hijas son el principal aliciente para no desfallecer y es claro que ellos han sido el motor que ha movilitado su capacidad de respuesta para afrontar el panorama que en ocasiones es poco alentador.

Este proceder puede ser comprendido a partir de lo que Carol Gilligan en Fascioli (2010, p.43), explica en relación al desarrollo de la ética del cuidado en las mujeres:

...Se debe a su tradicional rol en la esfera privada, de involucramiento con la familia y preservación de la vida. Reconoce que este rol es una construcción cultural. La ética del cuidado es una orientación disponible para todo ser humano, pero ha estado más disponible para la mujer, por su rol de cuidadora.

El legado cultural para la mujer – madre – cuidadora y el vínculo afectivo que las une a sus hijos e hijas, porque son el fruto de su deseo frente a la maternidad, lleva a estas mujeres, a encarnar una ética del cuidado, en donde se es consciente de la responsabilidad de ofrecer bienestar a los niños y niñas, en tanto son la proyección de sus expectativas de una vida diferente, para cambiar, de algún modo, la historia que ha caracterizado su existencia.

Las madres se dignifican en su “trabajo”

La madre 1 para garantizar el sustento de su familia, acude a la mendicidad⁵, anotando que es valorada por ella, no desde el concepto literal de pedir limosna, sino como una opción laboral, entendida desde el imaginario de ocupación de la fuerza de trabajo. Vale la pena resaltar que para esta madre, dicha práctica es descrita lejos de cualquier rasgo de estigmatización y menosprecio, por el contrario, la considera como una de las posibilidades reales para “*ganarse el pan de cada día*”. Desde las oportunidades concretas que le ofrece el medio, la mendicidad es valorada como una práctica laboral que la dignifica porque le permite sentirse útil y acceder por sus propios medios al alimento para sus hijos, convirtiéndose en la única fuente de sustento de la casa que ella puede garantizar.

A la luz de los aportes de Carrasquilla (1996), pudiera pensarse que esta práctica de mendicidad que esta madre considera su “trabajo”, es decir, su medio de subsistencia, no va en la vía de “destrucción existencial de ella como pobre”, sino que aparece como una “condición liberadora”, porque ella tiene una conciencia de sí como ser con valor, con dignidad, aunque la condición económica y material no sea la mejor.

⁵ El nivel educativo de una de las madres –primaria completa- el número de hijos a cargo -3- y la condición de salud, hace que no tenga un empleo estable, pero como alternativa, decide habituarse a unos “recorridos”, dos veces a la semana, por los barrios para pedir limosna, lo cual se traduce en alimento para llevar a casa.

En otras palabras, esta mujer no se ve a sí misma como mendiga, sino por el contrario, en esta práctica, se reconoce con un ser útil que es capaz de garantizar el sustento para su familia.

La verdadera liberación del pobre no empieza por lo económico. La liberación del pobre se inicia cuando entiende, que independiente de los bienes materiales, él vale y es persona como pobre (...). La lucha liberadora del pobre inicia cuando descubre que aunque es pobre vale, puede, sabe y tiene, y por lo tanto no puede mantenerse en condiciones materiales inhumanas. (Carrasquilla, 1996, pp. 29-30).

Aquí aparecen dos formas concretas de afrontar la vulnerabilidad como realidad cotidiana: la primera está referida a renocerse como una mujer con capacidad física para hacer largas caminatas en busca del alimento, superando la posición pasiva de quedarse a la espera de lo que pueda llegar. La segunda, alude al lugar subjetivo desde donde se lucha para suplir las carencias materiales, un lugar en donde ella no es víctima, sino “trabajadora” y, los que están a su alrededor, no son sólo benefactores sino empleadores, posibilitadores de su ejercicio laboral.

A pesar del pasado, se puede construir un presente y un futuro diferente

Otra forma de afrontar la vulnerabilidad, está representada en la capacidad que tiene, la madre 2, para superar una historia de maltrato infantil y romper la herencia intergeneracional de rechazo y marginación. Esta ruptura ha sido posible en parte, por la presencia de adultos significativos que le han servido de apoyo en momentos cruciales de la vida y por los sentimientos esperanzadores que se han movilizad o a partir de la experiencia actual de maternidad como un evento deseado, y que ha asumido como una oportunidad para reescribir en el presente y proyectar hacia el futuro la historia de crianza, sin necesidad de recurrir al pasado, el cual estuvo marcado por recurrentes hechos que denotan menosprecio y agresión.

Dicho pasado no es suficiente para destruir la ilusión de que una vida mejor es posible y afortunadamente surte el efecto contrario, y es la motivación para resarcir tanto dolor con expresiones conscientes de afecto hacia su hija.

Mi mamá decía que fue el peor error haberme tenido ella a mí, entonces yo pienso, ella por qué decía eso de mí, si ser mamá es lo más lindo así haya sido un error, haya sido en circunstancias malas o buenas es una experiencia muy bonita y el bebé no tiene por qué pagar lo de uno. Ella me dice que donde hubiera sabido que había métodos para abortar, me hubiera abortado. (Madre 2, entrevista individual).

Mi mamá siempre me decía que ella no me quería... No tuve el amor de una mamá que sí me quisiera, como el amor que tengo yo por mi hija, yo nunca sentí como ese amor... Ella me pegaba, me regañaba, ella hacía lo que quería conmigo (Madre 2, entrevista individual).

Esta mujer, a partir del afecto que tiene por su hija y de su capacidad reflexiva, ha construido una relación fundamentada en el aprovechamiento al máximo de su presente, en función de lo que hoy puede hacer y que de alguna manera la reconcilia con su propia infancia, proyecta en su hija lo que debió ser su niñez, con la claridad de que su historia no cambiará, pero el presente y futuro de ambas ahora sí está en sus manos.

Optar por el autocuidado como mecanismo de protección

Continuando con las formas que estas mujeres tienen para afrontar la vulnerabilidad, se encuentra también su actitud alerta y defensiva, que se traduce en una disposición para identificar oportunamente los riesgos propios del entorno y la reacción inmediata, buscando con ello la mejor forma de sortearlos. Dicha actitud ha sido el mejor escudo de protección, cuidado de sí y de sus hijos e hijas frente a un contexto familiar y barrial que no ha significado un ambiente seguro.

Donde yo vivía con mi mamita hay un tío que le gusta mucho la marihuana, y entonces no me gustaba a mí vivir con él porque me daba miedo, por la niña, muchas veces llegaba con su droga encima a coger la niña, a cargarla recién nacida. Entonces mi mamita me decía que yo tan boba, “tan picada” que era el tío, y yo le decía, ¿y que tiene?, a mí no me gusta, es que la niña desde que nació yo no dejo que le den besos en la boca y a demás el tío no me gusta... Pues yo no

digo nada porque la coja y cargue pero que a darle besitos en la boca no me gusta, entonces por eso yo tenía muchas veces discusión con él. (Madre 2, entrevista individual).

Desafortunadamente la vida en la ciudad no denota un cambio radical debido a la violencia, no obstante, la preservación de la vida es un imperativo que está presente en la cotidianidad de la madre 4, quien al no poder elegir un contexto menos violento, decide afrontarlo agudizando su observación, desarrollando su creatividad, y tomando la decisión de abandonar los lugares que representan un peligro inminente, que en suma es la adopción de prácticas de autocuidado.

En el tiempo que estuve en embarazo hubo mucha violencia; yo no podía salir, encerrada en el baño en embarazo de él... yo hice todo lo posible para que no saliera tan nervioso, tan apegado a mí, para que no sea un niño callado, triste, malgeniado, no. Yo me tranquilizaba, me encerraba en el baño hasta que..., igual le hablaba mucho para que estuviera bien, porque yo veo que hay niños que se cae una tapa y brincan pa'riba, lloran; yo le hice muchas cosas para que el niño no saliera así, le ponía musiquita, me pintaba con vinilos... (Madre 4, entrevista individual).

En esta madre se observa un claro reconocimiento del riesgo del entorno, pero por encima de ello, aparece la conciencia frente a la adopción de actitudes y comportamientos que son asumidos como factores protectores y que se traducen en confianza, tranquilidad y calidez en la relación madre e hijo.

La reciprocidad entre parientes y amigos

Para la madre 2, que es adolescente, ganarse el pan de cada día ha sido posible gracias a su actitud diligente y colaborativa, producto de su posición intersubjetiva frente al concepto de reciprocidad, entendida como esa interrelación de ayuda mutua que posibilita el intercambio de apoyo de acuerdo a las posibilidades reales de cada quien, y que la ha llevado a encontrar acogida en su red familiar y de amigos.

Desde el nacimiento de su hija, momento en el cual encaró la responsabilidad de su sustento, ha vivido en casas de parientes y conocidos, con la claridad de que debe aportar con su trabajo (cuidando y arreglando la casa mientras los demás salen a trabajar, ayudando con las fritangas etc.), para compensar con ello el alimento que recibe para sí y para su hija. Esta es una posición que se puede catalogar como activa y que no se reduce a la súplica de ayuda sino que la ubica en un escenario de intercambio, negociación y conciencia del dar y recibir.

Para Nussbaum (2002, p. 122) este comportamiento tiene que ver con el ejercicio de una capacidad concreta que denomina Afiliación:

“Ser capaces de vivir con otros y hacia otros, de reconocer y mostrar preocupación por otros seres humanos de comprometerse en diversas maneras de interacción social; ser capaz de imaginarse la situación de otros y de tener compasión de tal situación; ser capaz tanto de justicia cuanto de amistad”.

“Poseer las bases sociales del respeto de sí mismo y de la no humillación, ser capaz de ser tratado como un ser dignificado cuyo valor es igual al de los demás”.

Hacer uso de la capacidad de afiliación -relacionarse con otros desde un lugar de equidad, dignidad y autorreconocimiento como un ser valioso- le ha permitido a esta madre tejer un vínculo fundamentado en la búsqueda consciente de la reciprocidad, es decir, dar y recibir, en términos de acogida, techo y alimento a cambio de colaboración en las labores domésticas.

Es necesario tener presente que no es lo mismo la relación con el mundo que puede establecer una mujer que asume una posición desde la cual se reconoce con capacidades y potencialidades, que puede poner al servicio de los demás y a través de las cuales puede acceder a un escenario de negociación entre iguales, que aquella que de antemano se considera en desventaja, inferior, indefensa, limitada y pretender por ello que el entorno está en deuda con ella. En este contexto se da una relación unidireccional y soportada en el asistencialismo, y por tanto, se puede tender al conformismo o por el contrario a la exigencia sin fundamento, mientras que en el primer caso, la relación está

dada entre pares, porque se parte de lo que cada uno es capaz de aportar en función de un bien común.

La solidaridad entre vecinos

Los vecinos se hacen presentes en momentos apremiantes, “la sopita, la harina y la panela”, como lo refiere la madre 1, se convierten en una alternativa para que, por lo menos, los niños y las niñas no se vayan a la cama con el estómago vacío. En esta descripción se materializa el concepto de solidaridad que en Habermas alude a la “preocupación por el bienestar de los asociados que están en definitiva, relacionados en una forma de vida intersubjetivamente compartida” (citado en Benhabib, 2006, p. 216).

Esto significa que los vecinos no son extraños y se convierten en apoyo frente a la realidad de vulnerabilidad de las familias. La relación que se ha tejido entre unos y otros los lleva a desarrollar un interés por ayudar en la medida de las posibilidades a los que están a su alrededor. En este sentido, se encuentra también lo que Carrasquilla llama los “valores del pobre, como por ejemplo el compartir, la generosidad, la entrega a los otros, la autenticidad, etc.” (1996, p. 32).

Para cerrar lo referido a la vulnerabilidad, se puede decir que las mujeres madres participantes de esta investigación, tienen básicamente dos elementos en común. Primero, la insatisfacción de sus necesidades básicas lo que las ubica en un lugar de desventaja para acceder al goce efectivo de sus libertades fundamentales y segundo, la capacidad de no autodeterminarse como víctimas, sino como protagonistas de su propia historia, que actúan, proponen, ayudan a otros y a partir de ello, obtienen como recompensa opciones para subsistir, sin necesidad de acudir a la lástima; le dan un giro a su subjetividad buscando siempre una salida a su realidad con la cual brindarle bienestar a sus hijos e hijas.

BUEN TRATO EN LA CRIANZA A PESAR DE LA VULNERABILIDAD

Es la familia el primer escenario de socialización en el cual los niños y niñas,

vivencian a través de las prácticas de crianza las herramientas para enfrentar el mundo y adquirir así las competencias para relacionarse consigo mismo, con los demás y con el entorno. Geertz (1995, citado en Tenorio & Sampson, 2000), señala que los humanos nacen con unas potencialidades y es la cultura la que se encarga de llevarlos a un estado de mayor completud. En palabras de Savater (1991), el niño y la niña pasan por dos gestaciones: la primera se da en el útero materno, por determinismos de carácter biológico; la segunda, en la matriz social que lo inscribe en la cultura y vincula a variadas determinaciones de corte simbólico.

Es claro que los procesos de crianza no se supeditan exclusivamente a la relación madre e hijo, sino que en ellos intervienen otras personas que aportan al cuidado de los niños y niñas, sin embargo, para esta investigación, la relación madre e hijo-a, es la que tuvo mayor relevancia, dado que el interés se centró en las familias monoparentales femeninas.

En estas familias, la crianza es un proceso que suscita limitaciones y responsabilidades, máxime cuando se habla de una mujer sin apoyo de su pareja, ama de casa, con un nivel educativo bajo, y con más de un hijo; pero también alude a retos y oportunidades, pues en el proceso de socialización de este tipo de familias, son las madres fundamentalmente las encargadas de preparar a los hijos y las hijas para la vida social y dicha preparación está mediada por lo que ha sido su historia de vida y por la cultura. Las acciones que asume la madre –como adulto responsable de la crianza– están relacionadas con el cuidado, la protección, orientación y transmisión de normas, que adicionalmente están asociados a sentimientos que se van generando entre ella y sus hijos e hijas y que tipifican las actitudes y comportamientos que configuran el vínculo entre ambos. Dicho vínculo se convierte en un elemento esencial para entender la calidad de las interacciones y el sentido que moviliza las prácticas de crianza.

Pero el sentido de lo materno en estas familias, también trae consigo una fuerte connotación educativa, pues la mujer-madre, más que cualquier otro miembro de la familia, es la que posibilita procesos de humanización, socialización, educación y cuidado a través de prácticas comunicativas, de afecto y juego que están mediadas por factores sociales, culturales, económicos y emocionales que se dan dentro de su vida cotidiana.

Percepciones y concepciones de las madres en su experiencia de buen trato

Para las madres participantes de esta investigación, su percepción frente a la crianza, está estrechamente relacionada con *el cuidado y la educación* y la posibilidad que les da su presencia permanente en la casa para atender las necesidades físicas, emocionales, y sociales de sus hijos e hijas, por lo que hacen una valoración positiva de su experiencia como madres. Así mismo, la *transmisión de valores a través del ejemplo* es otro de los elementos evidentes en su discurso, al referirse a lo que se entiende por crianza. Consideran de gran valor ser consistentes entre lo que dicen y hacen con sus hijas e hijos. Ellas visibilizan un camino largo que las compromete en el acompañamiento para la educación de seres humanos con mayores posibilidades culturales y sociales.

Al indagarles por el concepto de buen trato hacia los hijos e hijas en su rol de cuidado y protección, lo infieren claramente enunciando acciones que denotan *el significado contrario*, como: “*no gritar, no golpear y saber hablar*”, citando ejemplos que aluden al maltrato físico, verbal y negligencia frente a la alimentación, como aspectos que van en contra del buen trato.

Encarar el proceso de crianza, le ha significado a estas mujeres, *asumir nuevos roles*, renuncias, nuevas responsabilidades y la adopción de un pensamiento plural que incluye una nueva vida, en un momento histórico y cultural particular, donde se rompe en algunos momentos, con formas tradicionales de ser madres, heredadas de sus progenitores.

La vida se hace muy diferente, el cambio es tan drástico y tan duro... para mí cambió porque tuve que dejar muchas cosas, porque ya no tengo que pensar en mí sino en el bebé, ya tengo que hacer muchas cosas, por ejemplo buscar un trabajo, para brindarle lo que necesita. (Madre 1, entrevista grupal).

Para estas madres las actividades de crianza están marcadas por la *dualidad*, a veces son placenteras, otras preocupantes y dolorosas. Algunas de ellas manifiestan un sentimiento de felicidad y satisfacción al compartir con su hijo o hija, pero también de dolor cuando los ven sufrir y no saben cómo resolver las dificultades que caracterizan su

vida cotidiana por las carencias a las que están sometidas estas familias. Esta dualidad está relacionada con el hecho de que las madres viven presiones de todo tipo dado que deben asumir solas la crianza, cumpliendo funciones paternas y maternas tradicionales, asumiendo múltiples roles de la casa, desarrollando tareas para generar ingresos, siendo un apoyo afectivo, de socialización y de cuidado; en últimas, sobresaturándose de funciones para asumir la crianza.

La interacción que se da entre estas madres y sus hijos e hijas, evidentemente está mediada por la percepción que tienen de ellos y ellas, como *personas con capacidades* y con características que se pueden potenciar a través de su acompañamiento.

Yo muchas veces la veo solita y ella es muy inteligente, por ejemplo ella coge una cosa y como que recuerda que yo le he dicho que esa cosa no se coge y vuelve y la pone ahí... Es muy linda, muy inteligente, la quiero mucho. (Madre 2, entrevista individual).

La percepción que tienen sobre sus hijos e hijas devela la riqueza de la noción de infancia, o mejor de las infancias, de las niñeces, toda vez que no hay una manera única de ser niño o niña, ni tampoco una visión universal de estos y estas como consecuencia de la variabilidad sociocultural. Sus hijos e hijas son percibidos como personas activas, con capacidades, que aprenden, se expresan y son interlocutores válidos.

En esta misma dirección, Rogoff (1993, p. 35) señala que, “las destrezas que cada comunidad valora constituyen las metas locales del desarrollo. Las prácticas sociales que apoyan el desarrollo del niño se relacionan con los valores y actividades que, en esa comunidad, se consideran importantes”. Las madres visibilizan a sus hijos con proyectos de vida que logren alcanzar retos que ellas no alcanzaron y desean que se eduquen y aprendan muchas cosas. De ahí el interés de las madres de acompañarlos, jugar y dedicarles tiempo como posibilidades que los potencian en su desarrollo. Diferentes estudios⁶ muestran que el desarrollo que promueven los adultos en los niños

⁶ Se invita al lector/a a revisar investigaciones como: Tenorio, M. (Ed.). (2000). Pautas y prácticas de crianza en veintitrés regiones del país. Serie de documentos de investigación. Ministerio de Educación Nacional y Organización de Estados Iberoamericanos – OEA-. Santafé de Bogotá: Punto Exe; Diaconia. (2003). Iniciando la vida en los Andes. Aproximación a los patrones de crianza de familias andinas en la cordillera negra. Lima: Roel.

y las niñas, se ancla en las potencialidades que cada grupo cultural selecciona y valora como significativas (Diaconia, 2003).

Prácticas de crianza de buen trato

Las madres perciben que sus prácticas de crianza están caracterizadas por el buen trato cuando al reflexionar sobre ellas y dando ejemplos concretos de su vida cotidiana, ellas mismas encuentran que están mediados por el *afecto*, potenciando las interacción con sus hijos e hijas, siendo capaces de ubicarse en el lugar del niño o la niña, de sus gustos, intereses y necesidades con el único objetivo de propiciarles bienestar.

Lo acaricio, le doy besos, abrazos, lo consiento, lo mimo y entonces lo cojo y le doy mucho, mucho, mucho amor porque él es muy tierno.... Cuando yo le preparo algo bueno, algo rico, cuando lo saco al parque, cuando veo que de pronto tiene un malestarcito, y entonces yo brego a hacer lo posible para que se alivie, entonces yo veo que todo eso, es afecto para mi bebé. (Madre 4, entrevista individual)

Existe una tendencia importante en estas madres a considerar que el afecto es fundamental para el buen trato en los procesos de crianza y piensan que lo materializan al dedicarles tiempo para compartir con ellos y al expresarles los sentimientos que éstos les genera ya sea cargándolos, acariciándolos, besándolos o mimándolos.

Según (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 24) “Uno de los componentes más importantes de las relaciones afectivas que forjan a una persona sana es el hecho de haber sido atendido, cuidado, protegido y educado en periodos tan cruciales de la vida como la infancia... Estos procesos, que denominamos “buenos tratos”, han sido fundamentales para sobrevivir como especie, pues han hecho que surgieran, desde tiempos remotos, dinámicas de colaboración entre seres humanos y capacidades adaptativas frente a los desafíos del entorno”.

La relación madre – hijo/a que se da en las familias que participaron de la

investigación, se convierte en un escenario donde se recrean y se construyen nuevas interacciones, en donde se reconoce que el afecto se expresa mutuamente y el deseo de permanecer juntos está por encima de las condiciones de pobreza y necesidad que caracteriza su vida cotidiana.

En las mañanas cuando yo estoy durmiendo, él se despierta, y es como cuidándome, me da besitos y me muerde...Él también me coge y tiene demostraciones de cariño conmigo. (Madre 3, entrevista individual).

Las madres perciben que la relación con sus hijos se construye y reconstruye cada día, las relaciones se tejen en la cotidianidad y hay una valoración por la expresión de los afectos y una construcción de equidad en estas expresiones. Al respecto Barudy y Dantagnan recalcan que:

Varios investigadores insisten en que la base del altruismo social depende principalmente de los cuidados afectivos que los niños reciben, sobre todo en su primera infancia. Los niños y las niñas tienen derecho a vivir en un contexto de seguridad emocional, así como a disponer de lazos afectivos con adultos “suficientemente disponibles” y accesibles. Capaces de transmitirles una aceptación fundamental, de proporcionarles el apoyo indispensable para la aventura de crecer y un clima emocional donde la expresión de los afectos sea posible. (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 64).

Otra de las prácticas de buen trato a las que las madres dan relevancia es *la satisfacción de la necesidad básica del alimento*, por encima de las condiciones de pobreza. Para ellas, es vital tener cada día los alimentos para sus hijos e hijas, porque ellas saben lo importante y necesario que son para su salud y vida, y buscan la manera de que estos no aguanten hambre, tengan una alimentación balanceada en lo posible y coman periódicamente, esta es una de sus prioridades fundamentales:

¿Cuáles actos consideran que son de buen trato?] “No dejarlos aguantar hambre”. (Madre 1, entrevista individual)

Me preocupo mucho porque coma, porque tiene muy poco apetito... El casi no le provoca comer, entonces lo traje esta semana a una cita y le mandaron

una leche y una vitamina, haber si con eso lo ayuda... Me preocupo mucho, trato de buscar la manera de conseguirle lo que necesita para comer. (Madre 3, entrevista individual)

En su momento, la lactancia materna a libre demanda fue la opción de proveer permanentemente a sus hijos e hijas del alimento que les permitiría crecer sanos, aunque la alacena se encontrara vacía. Todas las madres alimentaron de pecho a sus hijos y consideraban que debían hacerlo a libre demanda porque les traía muchos beneficios, tanto en lo nutricional como en lo afectivo, permitiéndoles tranquilizarlos y dándoles seguridad:

Dicen que los previene de muchas enfermedades –refiriéndose a la lactancia-... Es muy importante para las defensas, los huesitos, los dientes, es lo más importante... Lo alimentaba todo el tiempo, cada dos o tres horas... Es una necesidad para ellos, porque eso les ayuda mucho a ellos, me fue muy bien, todavía lo alimento... (Madre 1, entrevista individual)

Paradójicamente en medio de la adversidad y la pobreza las prácticas alimentarias se resignifican; evidenciando los aprendizajes sobre la importancia de centrar un interés especial por el balance nutricional como eje de una buena alimentación, más que por la cantidad. Los obstáculos que se esgrimen, en el caso de posibles deficiencias, son especialmente de orden económico.

Siguiendo la línea de las prácticas de buen trato, se encuentra que *la ambientación y generación de espacios significativos* para los niños y niñas son de gran importancia. “El término espacio significativo no se refiere exclusivamente a un lugar o espacio físico. Se utiliza como metáfora para describir la variedad de situaciones que el adulto puede utilizar y aprovechar para que los niños y las niñas vivan experiencias novedosas y desafiantes... Los espacios educativos significativos son ambientes de aprendizaje que favorecen la construcción de nuevos conocimientos y fortalecen las competencias necesarias para enfrentar las demandas crecientes del entorno”. (Ministerio de Educación Nacional: 2010, p. 22). En sus prácticas de crianza, estas madres no solo se preocupan por el cuidado, sino también por la comprensión de los intereses y necesidades de sus hijos e hijas, ofreciéndoles un ambiente que los

enriquezca y les permitan experiencias gratas.

Yo juego, yo le enseño cosas, lo llevo a los parques, le enseño muchas, muchas cosas, mantengo decorándole el espacio donde él duerme, lo decoro con dibujitos y muñequitos... Lo relaciono con muchas personas, con niños, porque yo sé, que a él lo que más le encantan son los niños, entonces eso es lo que yo hago cuando lo llevo a los parques a jugar con él. (Madre 4, entrevista individual).

Le leo y le muestro cositas... me gusta mucho ir a la biblioteca porque en la biblioteca uno encuentra libritos con historias muy bonitas, y con cosas muy bonitas para enseñarle a los niños... Le canto, le bailo lo pongo a bailar conmigo, entonces él todo eso lo aprende, todo eso lo hace muy feliz a él, entonces yo veo que las cosas buenas que a él le gusta se las practico más, se las hago mucho más. (Madre 4, entrevista individual).

Estas madres aun sin tener un alto nivel de educativo, les ofrecen a sus hijos-as experiencias que favorecen su desarrollo respondiendo con ello no solo al buen trato, sino al compromiso que solo un vínculo afectivo fuerte entre dos seres puede facilitar. Como lo expresan Barudy y Dantagnan.

El buen trato al niño incluye también permitirle vivir en un ambiente relacional capaz de ofrecerle interacciones que faciliten el desarrollo de sus capacidades cognitivas. El niño debe ser estimulado y ayudado en el desarrollo de sus órganos sensoriales, su percepción, su memoria, su atención, su lenguaje, su pensamiento lógico y sobre todo su capacidad de pensar y de reflexionar. Los adultos han de aportar a los niños la estimulación y las informaciones necesarias para que puedan comprender el sentido de la realidad, reconociéndose en ella y distinguiendo su medio de vida. En un modelo de buen trato, los adultos significativos harán todo lo posible para satisfacer las necesidades cognitivas de estimulación, de experimentación y de refuerzo. (2005, p. 68).

Las madres tienen prácticas que involucran el cuerpo, las relaciones con el medio, con los otros, las búsquedas de información, el aprovechamiento de los espacios públicos, los objetos dentro de la casa propiciando prácticas, experiencias y ambientes donde se tiene en cuenta la estimulación para el aprendizaje de los niños y niñas. Enriqueciendo así las biografías de estos nuevos seres, tratando de incluir a sus hijos e

hijas en los legados de la cultura con estas nuevas experiencias, donde se comparten los gestos, los lenguajes, los deseos, las experiencias de maneras particulares, aportando a la alquimia de la vida donde finalmente no sabemos cómo impactarán y como contribuirán en la formación de estos, pero que en general se realizan con la mejor intención.

Arendt, (citada en Diker: 2009, p. 15) plantea la importancia de preservar lo que es nuevo y revolucionario en cada niño, proteger la novedad que traen los recién llegados para introducirla “*como un fermento nuevo en un mundo ya viejo*” protegiendo la promesa de renovación de la infancia, presentándole a los niños y niñas el mundo, hacerles un lugar, inscribirlos en la cadena de las generaciones, para así también proteger ese mundo, para que los niños y niñas encuentren el modo de realizar lo nuevo sin atentar contra él.

Las madres expresan claramente que la posición del adulto frente al mundo es diferente a la forma como los niños asumen su vida, reconocen que ellos tienen otras lógicas y otras relaciones que son necesarios comprender y aceptar.

Quando por ejemplo se levanta muy extrovertido que él quiere todo, coge todo, corre por toda la casa, quiere cogerlo todo... eso es un día para él muy normal... es muy diferente cuando él se levanta con fiebrequita ya no juega ya no quiere nada. (Madre 4, entrevista individual.)

Existe una tendencia a acompañar a los niños y las niñas en su cotidianidad, asumiéndolos como interlocutores válidos donde se dan niveles de comunicación significativos, visibilizados en sus narraciones.

Un elemento adicional que vale la pena referenciar como práctica de buen trato, tiene que ver con la *comunicación*. Según Vygotsky (citado en Peralta, 2006), el desarrollo humano no puede entenderse únicamente en términos de fuerzas biológicas, sino de la interacción social que permite la interiorización de instrumentos culturales, por ejemplo, el lenguaje. Un lenguaje en doble vía de escucha y habla con sentido.

La satisfacción de las necesidades cotidianas de los niños y niñas, en su aspecto

físico y socioemocional está mediada por estrategias comunicativas. Se estructura a través del reconocimiento del otro o la otra (hijo/a) con la capacidad para comprender y responder a los mensajes y orientaciones. En este sentido, las estrategias comunicativas más utilizadas por las madres son la *conversación* y *el canto*, como elementos privilegiados para la dotación del significado de la vivencia cotidiana.

Él es como haciéndome preguntas, digo yo, porque él ve alguna cosa y señala, le explico... estos son los pajaritos, le enseño mucho el sonido de los animales, hablo mucho con él. Hablarle mucho y cantarle mucho, siempre le explico cómo se llaman las cosas, le canto Pimpón. (Madre 3, entrevista individual).

Las madres reconocen en el *llanto* otra forma de comunicación del niño y la niña en sus primeros meses de vida, y por tanto, buscan siempre responder oportunamente a estas demandas. Ellas tienen claro que el llanto no sólo es una muestra de una necesidad biológica (alimentación, abrigo, aseo) sino que también es la forma que el niño y la niña tienen para manifestar su angustia frente a alguna situación de amenaza. Ellas desde su lenguaje sencillo y práctico, interpretan esa primigenia forma comunicacional, le dan un sentido y atienden sus demandas a partir de la significación que adquiere para ellas el tono y o la frecuencia de ese llanto.

Cuando llora, lo cargo y le doy un juguete. (Madre 1, entrevista individual).

...Él es llorando y yo no lo quiero soltar...Le canto o le pongo un video de muñequitos y él se calma. (Madre 3, entrevista individual)

Las madres con su acompañamiento buscan tranquilizar a los niños y niñas a través de las caricias o las palabras afectuosas, además de tratar de comprender la causa de su malestar, ahondando en comprender al otro-a y generar lazos de acercamiento. En general, ellas buscan estrategias de apoyo y soporte emocional, por sus propios medios, o recurren a personas externas que les ayuden a comprender qué les sucede a sus hijos e hijas.

“Muchas veces cuando ella no quiere nada no hace sino llorar, o cuando le duele algo llora mucho...Se la llevo a mi prima y ella le hace alguna cosa, le da comida y si no, ahí sí uno corre para el hospital con ella”. (Madre 2, entrevista individual).

En ese sentido, las investigaciones realizadas por la doctora Shelley E. Taylor y su equipo (2002) citado en (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 36) describen como “los comportamientos cuidadores de las madres, como calmar a sus hijos, tranquilizarles y atender sus necesidades, al mismo tiempo que encontrarles escondites en el entorno, resultan muy efectivos ante un amplio conjunto de amenazas. Al tranquilizar a sus crías y ponerlas fuera de peligro, en muchas ocasiones logran salvarles la vida”

De otro lado, las prácticas de buen trato de las madres hacia sus hijos e hijas, se manifiesta en las rutinas diarias de *cuidado* y *juego* que les permite interactuar permanentemente y estar pendientes de los niños y las niñas tanto tiempo como sus obligaciones domésticas se lo permiten.

Yo me levanto a las 5:30 hago lo que tengo que hacer, si tengo ropa para lavar la lavo para tener más tiempo con mi bebé, o si quiero salir, entonces me levanto, hago todo, si quiero salir me arreglo, arreglo la niña y me voy”... Hago los oficios de la casa y el resto del día me quedo con ella (refiriéndose a la niña) escuchando música y viendo televisión juntas, nos ponemos a jugar. (Madre 2, entrevista individual).

Para estas madres, el juego es el principal escenario de interacción, posibilitador de desarrollo de diverso orden. El juego tiene un sentido especial para ellas, en tanto actividad natural de la infancia; ser niño o niña, es inherente a jugar, razón por la cual todas las madres entrevistadas lo posibilitan, aunque no lo saben teóricamente, lo reconocen en su cotidianidad y lo hacen en sus prácticas cotidianas. A través del juego las madres buscan que sus hijos e hijas experimenten nuevas experiencias, se relacionen con el mundo y adquieran nuevos conocimientos. La creatividad se pone en evidencia, dado que se permiten recrear los espacios y usar los objetos de la casa como juguetes.

Estos espacios enriquecen las vivencias de los niños porque se realizan amorosamente y propician experiencias significativas de aprendizaje vital. Se incorporan unas prácticas de crianza que respetan al otro-a, sin temores en la expresión de la afectividad y comprendiendo que esto no implica pérdida de autoridad, sino que son renovadas interacciones que se construyen y reconstruyen en un continuo aprendizaje bidireccional, fortaleciéndose el vínculo afectivo, que posibilita irse formando como personas poseedoras de una postura ética y de comportamientos altruistas necesarios para establecer relaciones familiares y sociales basadas en modelos de buenos tratos hacia sí mismos y hacia los demás.

Según (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 92) “la parentalidad bientratante presenta un estilo educativo centrado en las necesidades de los niños y niñas, que siempre son considerados sujetos de derechos. En este sentido, los padres o cuidadores asumen la responsabilidad de ser los educadores principales de sus hijos e hijas, ejerciendo una autoridad afectuosa caracterizada por la empatía”.

Pasando a otra práctica de buen trato presente en las familias que participaron en la investigación, se observó un interés de las madres frente a la *introyección de la norma* en sus hijos e hijas desde los primeros meses de vida, presente principalmente en adopción de rutinas para la alimentación, el sueño y el aseo, así como el “llamado al orden” –como ellas le llaman- cuando el niño o la niña tiene algún comportamiento que según las reglas familiares y sociales no es correcto.

Enseñarle cosas buenas, y llamarle la atención cuando hay necesidad de hacerlo. (Madre 4, entrevista grupal).

Le he enseñado que no debe faltarle al respeto a la gente, y que siempre que vaya a hacer algo cuente conmigo, que primero me pregunte a mi si lo debe o no hacer”... (Madre 4, entrevista grupal).

La implementación de la norma se revela como una situación crítica en la crianza; por un lado está la expectativa de las madres de permitir en los niños y la niñas la formación de su autonomía, participación y autogestión; pero por el otro, el límite racional que no redunde en la estricta obediencia ni tampoco en dejar hacer al niño y a

la niña su voluntad sin ningún tipo de restricción.

Las madres, como principales agentes de crianza y socialización comparten con sus hijos e hijas sus propios valores y la percepción de sí, del otro, del mundo y de la historia y las formas de aproximación y manejo de la realidad que ellas han ido construyendo en su propia biografía. En su cotidianidad evidencian sus principios éticos y morales, reflejado en el respeto por el otro y lo otro, en su sentido de justicia y la asimilación de la situación social que viven, la capacidad reflexiva de su propia biografía, que se refleja en las prácticas de crianza basadas en el buen trato.

Se podría decir que las prácticas de crianza de buen trato hacen parte de una construcción ética de estas mujeres participantes, si tenemos en cuenta que la ética solo es posible sobre la base de la auto reflexión y aunque sus posibilidades no sean muchas en materia económica, educativa y social, tienen la capacidad de elegir y eligen el buen trato con sus hijos e hijas y esta se convierte en su propia posibilidad de una ética práctica de la vida cotidiana.

No podemos dejar de mencionar que la asistencia de las madres y sus hijos e hijas a la *Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez y a los controles de crecimiento y desarrollo*⁷, además de constituirse en un espacio educativo que influye en las prácticas de crianza, son también prácticas de buen trato de estas familias, en los que se materializa una visión de cuidado soportada en la garantía de derechos de los niños y las niñas.

Yo siempre cuando ando con el niño ando con un registro, con carné de vacunas, de control y desarrollo, ando con muchas cosas de él... yo siempre salgo con papeles, con de todo... Me gustan mucho estos programas, yo saco el tiempo así no lo tenga, pero me gusta estar con el niño, compartiendo con otros niños... Le enseñan a uno a educar a los niños, estar bastante tiempo con los bebés, cantarles, dedicarles tiempo (Madre 4, entrevista grupal).

⁷ Si bien no fue objetivo de este estudio analizar el impacto que el programa buen comienzo ha tenido en esta familias, es inevitable hacer alusión a ello, puesto que las madres participes de la investigación pertenecen al programa y porque fue precisamente reconocido por ellos. Queda entonces para otros estudios posteriores investigar el impacto que pueden tener.

Buen Comienzo Había Una Vez, es un espacio de socialización de experiencias significativas frente a la crianza en donde las familias se encuentran con sus pares, en un escenario de construcción y reconfiguración de rol materno y de las capacidades que a través del juego y el afecto se pueden potenciar en los niños y niñas. Las familias reconocen que la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez, les ha dejado huellas importantes para incentivar prácticas de buen trato en la crianza referidos a la incorporación de mejores hábitos alimentarios, conciencia frente a los ritmos y las rutinas de los niños y niñas, relaciones afectivas más sólidas y la adopción de prácticas de estimulación que aportan al desarrollo infantil.

DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA CRIANZA

Es importante abordar la categoría de género en esta investigación, porque nombra las diferencias entre mujeres y hombres y su significación cultural e interroga una de las determinantes del sujeto, las subjetividades e intersubjetividades que acontecen en los vínculos humanos desde las identidades de ser mujer o ser hombre.

Entender qué es y cómo opera el género, categoría analítica que surgió para explicar las diferencias entre hombres y mujeres, poniendo el énfasis en la noción de multiplicidad de identidades, ayuda a vislumbrar cómo el orden cultural produce percepciones específicas sobre las mujeres y los hombres, que se erigen en prescripciones sociales con las cuales se intenta regular la convivencia.

Para Marta Lamas (1994, p. 1) el género es la simbolización cultural construida a partir de la diferencia sexual, que rige el orden humano y se manifiesta en la vida social, política y económica. Mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad, se fabrican las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres. Coincidiendo con la autora, no se trata de negar la diferencia sexual, sino de reconocerla sin que se traduzca en desigualdad, es decir, en una asimetría donde la mujer está en desventaja con respecto del hombre. Y aunque la naturaleza de la sociedad no se puede explicar solamente desde el género, muchas preguntas sí giran alrededor de la institucionalización de la desigualdad a partir del género.

Consideramos muy importante observar en las familias participantes de nuestra investigación, si se presentaban diferencias de género en la crianza de sus hijas e hijos que pudieran incidir en las prácticas de buen trato en la primera infancia, para determinar si estas diferencias potencian o impiden el desarrollo de los sujetos, inscriben a los niños y niñas en la diferencia o la igualdad, y si efectivamente las madres participantes consideran en desventaja a sus hijas frente a sus hijos.

“Prefiero un hijo varón...”

Resulta habitual en nuestro medio que, al hablar de las hijas y los hijos en el proceso de crianza, rápidamente se suscite al interior de la familia algún debate sobre las dificultades o facilidades que representa tener un hijo varón o una hija mujer. Una cuestión que termina, en la mayoría de los casos, reiterando estereotipos, ideas preconcebidas y en ocasiones erróneas que pueden dar al traste con las prácticas de buen trato que se espera desarrollar para dar respuesta correcta a las necesidades infantiles de cuidado, protección, educación, respeto, empatía y apego.

En el caso particular de tres de las mujeres participantes de la investigación, estas manifiestan una gran satisfacción por estar al cuidado de sus hijos pequeños y expresan un deseo profundo e inexplicable por tener un hijo varón. La razón que aducen se relaciona con el hecho de que en la familia no había más hombres que el padre. Sin embargo, consideramos que el deseo de concebir un niño o niña trae consigo emociones que obedecen a expectativas fundadas en la historia de vida o en los patrones culturales que rigen la dinámica familiar.

Desde el principio un niño. No sé, porque todos los niños me han parecido muy lindos como en la casa todas somos mujeres el único hombre era mi papá, fue más que todo por eso. (Madre 3, entrevista individual).

Ancestralmente, el deseo de que el primer hijo fuera varón estaba ligado a la continuidad de la estirpe, el linaje, la permanencia del apellido del padre, es decir, está íntimamente relacionado con el poder masculino en una sociedad patriarcal, un poder

que se extendía sobre toda la familia. En el contexto de estas familias, puede estar relacionado con la posibilidad de acceder a la seguridad y la fuerza que ofrece un hombre y que les ofrece mayores opciones de defensa frente a los riesgos que pueden correr las mujeres en nuestro contexto, dada su estigmatización de frágiles, pero también por la vulnerabilidad real en la que transcurre la vida de estas familias.

Otra postura nos la presenta Luce Irigaray (citada en Burín y Meler, 1998, p. 188) cuando se interroga acerca del deseo tan extendido y compartido de las mujeres de tener un hijo varón. Le resulta fácil comprenderlo en el caso del padre (la fantasía de renacer a través del hijo varón), sin embargo, considera que sólo la devaluación cultural de la condición femenina explica, a su entender, que muchas mujeres prefieran reproducir a sus compañeros en sus hijos antes que a sí mismas.

El cuidado es lo primero

En general, las madres consideran que sí hay diferencias en la crianza de niños y niñas porque las niñas requieren más cuidados y mayor protección. Una percepción basada en una creencia popular que responde a la cultura patriarcal, según la cual los hombres son de la calle, de lo público y las mujeres son de la casa, es decir, del ámbito de lo privado. Lo que hace suponer que es más sencilla la crianza de varones, ya que se parte de la idea de que al otorgarles mayor libertad física y corporal, pueden ser más autónomos, menos demandantes, aprenden a “defenderse” y serían menos vulnerables a cualquier tipo de abuso, incluyendo el abuso sexual.⁸ Pero también responde a un sentido de mayor protección hacia las mujeres puesto que en nuestra cultura, los espacios públicos están en poder de los varones.

Las niñas son de más cuidado, y necesitan aprender más de pronto, porque uno no quiere que a esa niña le pasen cosas malas, porque ahora en día no es como antes que uno le encargaba la niña a la vecina, ya eso no se puede hacer, y la niña necesita criarla demasiado bien. En cambio a un niño es más fácil cuidarlo de sus salidas, pero a una niña no se le da larga como a un niño, porque a uno el niño le dice, mami voy a jugar a la cancha, y en cambio la niña dice mami voy a ir a la

⁸ Situación que parece reafirmarse en las estadísticas, según las cuales, una de cada 4 niñas y uno de cada 8 niños son sexualmente abusados antes de llegar a los 16 años) <http://www.monografias.com/trabajos12/violfam/violfam.shtml>

cancha y uno le dice que no, porque hay que cohibirse más, por temor a la violencia, a que le hagan malas cosas (Madre 1, entrevista individual).

En este sentido, es muy llamativo que las madres participantes sienten gran desconfianza dentro del ámbito donde se supondría estarían más protegidas sus hijas: su propia casa (“*pues muchas veces los papás tienen malos pensamientos sobre todo con las niñas*”) y han perdido la confianza en la comunidad (“*uno le encargaba la niña a la vecina, ya eso no se puede hacer*”). Esto significa que el espacio privado no es sentido como un espacio habitable y seguro, lo que puede deberse al hecho de que es precisamente en la intimidad familiar donde se han ejercido las violencias en contra de los niños en general y de las niñas en particular con el abuso sexual. Esto además de ser un asunto real que cada vez está más difundido -gracias a la posibilidad de la denuncia- se ha convertido en parte de los imaginarios y representaciones de la crianza. En general, las madres desconfían de los varones porque ellas han sido víctimas de abuso.

A este respecto encontramos que aunque la madre 4 considera que a los niños y a las niñas se les cuida por igual, se observa en su discurso el cuidado particular hacia las mujeres en lo que concierne al riesgo de abuso sexual en la primera infancia y al ejercicio de su sexualidad a futuro. Es de anotar que esta no es una preocupación ajena a su cotidianidad, estamos hablando de mujeres y familias vulneradas y vulnerables que viven en condiciones de alto riesgo real. No es un asunto solo de discriminación de género o moral sexual, sino que responde incluso a vivencias que estas mismas mujeres han tenido de abuso, abandono, maltrato, entre otros.

Así mismo, el contexto de violencia que rodea a las familias, enciende las alarmas frente al cuidado que se debe tener con los hijos sean varones o mujeres, y aunque aparentemente hay que proteger por igual tanto a los hijos como a las hijas, sobresalen las precauciones para con las niñas, peligro real que experimentan en la cotidianidad, donde en muchas ocasiones el cuerpo de las mujeres niñas y adultas se convierte en botín de guerra para los actores en conflicto en sus comunidades, generando una contradicción aparente entre el discurso y la acción.

La pregunta por la crianza también trae consigo ambivalencias que no son conscientes ni claramente expresadas...

Sí porque el decir de nosotras como mamás es de que los hijos se quieren por igual y pues yo digo de quererse por igual sí, *pero siempre uno lleva en la mente que la crianza es diferente*, entonces yo digo que sí. (Madre 4, entrevista individual).

Expresiones como las anteriores, “muestran en parte ideas, actitudes y prácticas de cómo se ha elaborado o construido la diferencia sexual en la cultura, es decir, cómo se ha construido el género” (Lamas, 1995), pues es en las familias es donde se transmiten las diferencias de género, aun antes de nacer. Antes del nacimiento, y en función de los estereotipos que se tienen frente al sexo biológico, se ponen en marcha toda una serie de dispositivos sociales que se dirigen a la diferenciación de niños y niñas. Estos están presentes en aspectos como la asignación de nombre, de vestuario, de accesorios, de comportamientos adecuados e inadecuados, entre otros; de tal forma que se comienzan a establecer diferencias entre ser hombre y ser mujer desde el nacimiento, tratándolos de forma distinta, de acuerdo con lo esperado socialmente.

No obstante, es en la familia, donde también se pueden experimentar transformaciones en este sentido: lo que encontramos es que hay una preocupación de estas madres por el cuidado de sus hijos e hijas durante el primer año de vida, reconociendo que los niños y las niñas son vulnerables por el solo hecho de ser humanos, porque están en condiciones de fragilidad por su edad y por lo tanto requieren de cuidados y afectos, independientemente del sexo que tengan. Todas las mujeres participantes adujeron que *a las hijas y a los hijos se les quiere* por igual.

Estas mujeres vivencian la maternidad como un “don”, una oportunidad que asumen con la esperanza de que la vida de sus hijos e hijas sea diferente, esperan una especie de compensación frente a sus propias experiencias de deprivación afectiva, económica y social que como mujeres - madres han tenido que enfrentar. Se considera que esta es una muestra de buen trato porque da cuenta del tipo de seres humanos que son estas madres, de una acción moral situada y de los valores éticos con los que cuentan y que reafirma la esperanza que tienen estas mujeres de superar las adversidades vividas por medio de la crianza de sus hijos e hijas.

Aunque se pueden observar diferencias de acuerdo al sexo en el vestuario marcadamente distinto para los niños con respecto a las niñas, los nombres asignados, los accesorios, los colores utilizados en el vestuario, los juguetes, ellas ejercen un cuidado amoroso con sus hijos e hijas que les asigna un lugar en el mundo, y aunque en cada familia la madre es sola y responde a su entorno con sus recursos, es posible observar ciertos comportamientos que se repiten en las historias de vida compartidos por ellas. A pesar de la vulnerabilidad, la subjetividad emerge como posibilidad de transformación en la relación con otros, donde experimentan la maternidad como acontecimiento aun en medio de las carencias; como una posibilidad de trascendencia y resistencia, como proyección y esperanza de futuro.

En definitiva estas mujeres madres privilegian el cuidado para permitirles la sobrevivencia, satisfacer las necesidades y el ingreso a la sociedad a sus hijos e hijas en el primer año de vida, y muestran generosidad al hacerlo, pues para ellas lo importante es el cuidado dada la fragilidad por su condición humana en esta etapa del desarrollo y no por su condición de ser niño o niña.

5. CONCLUSIONES

- En las familias que participaron de esta investigación, se nota claramente que el buen trato hacia los niños y niñas traducido en prácticas de cuidado amoroso y satisfacción de necesidades básicas como el techo y el alimento, trasciende los brazos de la madre y llega hasta los amigos, vecinos y la institucionalidad.
- Las madres que participaron en esta investigación posibilitaron procesos de humanización, socialización, educación y cuidado con sus hijos e hijas mediadas por prácticas comunicativas, de afecto y juego, a pesar de los factores de adversidades sociales, culturales, económicas y emocionales.
- El proceso de crianza significó para estas mujeres, asumir nuevos roles, renuncias, nuevas responsabilidades y la adopción de un pensamiento plural que incluye asumir una nueva vida relacional (la de su hijo y la de ellas) en un momento histórico y cultural particular de ser familias monoparentales femeninas, logrando rupturas con las formas tradicionales de ser madres que heredaron de sus progenitores.

- La percepción que estas madres tienen sobre los hijos e hijas enriquece la noción de las infancias, en la medida que su experiencia ratifica que no existe una manera única de ser niño o niña, ni tampoco una visión universal a la cual tendríamos que responder, dada la variabilidad sociocultural. Estas madres perciben a los niños y niñas como personas activas, con capacidades, que aprenden, que se expresan y con los cuales se puede interactuar. En las narraciones que las madres hacen de sus rutinas diarias es muy importante acompañar a los niños y niñas en su cotidianidad, asumiéndolos como interlocutores válidos donde los niveles de comunicación de acuerdo con su edad, logran visibilizarlos como seres capaces.
- Al reflexionar sobre la vivencia de la crianza y citando ejemplos de la vida cotidiana, las madres perciben que sus prácticas están caracterizadas por el buen trato porque están mediadas por el afecto, como vehículo movilizador de la interacción con sus hijos e hijas. Recalcan la importancia de ubicarse en el lugar del niño o la niña, lo que les permite comprender sus gustos, sus intereses y necesidades con el único objetivo de propiciarle bienestar. Además, perciben que la relación con sus hijos e hijas se construye y reconstruye cada día, se teje en la cotidianidad, con una alta valoración de la expresión emocional de los afectos en condiciones de igualdad y equidad.
- En esa interacción madre/hijo se hacen evidente la construcción de la otredad: la benevolencia que es la capacidad de identificarse con el sentimiento del otro (hijo o hija), cuando comprenden el comportamiento de sus progenitores, cuando se ubican en el lugar de lo que pueden sentir sus hijos e hijas; y cuando la simpatía con ellos las mueve a actuar amorosamente.
- Estas mujeres, en su rol de madres, a pesar de su realidad de carencias materiales y una historia con carencias afectivas, donde para algunas lo que imperó fue el rechazo y los malos tratos en la infancia, se resisten a repetir la historia. Se resisten a aceptar que está determinada como destino el maltrato y contrariamente a lo esperado, tratan afectivamente a sus hijos e hijas.
- Una de las prácticas de buen trato a las que dan mayor relevancia es la satisfacción de la necesidad básica del alimento a pesar de las condiciones de pobreza e incluso a costa de su propia alimentación.
- Las prácticas alimentarias se resignifican; se evidencia un interés especial por

el balance nutricional como eje de una buena alimentación, así ellas no puedan proporcionárselo. Los obstáculos que se esgrimen, en el caso de posibles deficiencias, son especialmente de orden económico.

- La disposición personal de cada madre, movilizada por el afecto demostrado hacia sus hijos e hijas, las han llevado a ser creativas para obtener alimentos y acudir a las redes familiares y vecinales para acceder a las mínimas condiciones para garantizar su supervivencia.
- Las mujeres madres participantes de esta investigación, tienen paradójicamente dos características en común: primero la insatisfacción de sus necesidades básicas lo que las ubica en un lugar de desventaja para acceder al goce efectivo de sus libertades fundamentales, Y segundo, la capacidad de no autodeterminarse como víctimas, sino como constructoras de su propia historia. Todas son mujeres que luchan, proponen, ayudan a otros y a partir de ello obtienen como recompensa opciones para subsistir; sin acudir a la lástima o al lugar de víctimas, le dan un giro a su realidad buscando siempre una salida con la cual brindarles “bienestar” a sus hijos e hijas.
- La experiencia de la maternidad, pese a las condiciones de vulnerabilidad de las mujeres que participaron en esta investigación, ha transformado desde el afecto sus historias de vida. Esos hijos son asumidos como un nuevo ser que ha materializado la esperanza de una vida diferente, y las prácticas de buen trato son la demostración explícita de que los hijos y las hijas resignifican la existencia
- Las mujeres–madres que participaron en esta investigación, movilizadas por el amor, reescriben a partir del nacimiento de su hijo o hija, una nueva historia en donde su relación con los hijos e hijas está caracterizada por el afecto y el cuidado, lo que muestra una vez más que romper con las cadenas intergeneracionales de maltrato si es posible, pues el vínculo afectivo tiene la capacidad de acabar con la tendencia de la repetición de las historias negativas que marcaron la infancia.
- Reconocer en el otro (hijo-hija) no un culpable, ni un recuerdo de dolor, ni una carga, sino una recompensa, un regalo, una oportunidad para hacer con él o ella lo que nunca se ha sentido o disfrutado hace la diferencia en las prácticas de buen y mal trato para con los niños y las niñas.

- Las prácticas de buen trato de las madres hacia sus hijos e hijas, se evidencian en las rutinas diarias de cuidado y juego que les permite interactuar permanentemente y estar pendientes de los niños y las niñas, alternando el tiempo con las labores domésticas.
- Las madres se preocupan por ir más allá de satisfacer las necesidades básicas, de sus hijos e hijas, generando acompañamientos afectivos y significativos para la vida. El cuidado que prodigan cotidianamente, no tiene horario, están siempre atentas para atenderlos y atenderlas y las lleva a buscar continuas fuentes de saber para comprenderlos y educarlos mejor.
- Las prácticas de buen trato asociadas al juego, son para estas madres el principal escenario de interacción y posibilitador de desarrollo en sus distintas esferas. A través del juego, las madres buscan que sus hijos e hijas experimenten nuevas experiencias, se relacionen con el mundo y adquieran nuevos conocimientos. La creatividad se pone en evidencia en el uso de los espacios, los juguetes y los objetos de la casa.
- En conclusión puede decirse que las prácticas de crianza de buen trato hacen parte de una ética del cuidado de las mujeres participantes, si tenemos en cuenta que la ética solo es posible sobre la base de la auto reflexión y aunque sus posibilidades no sean muchas en materia económica y social, tienen la capacidad de elegir y eligen el buen trato con sus hijos e hijas como posibilidad o potencial restaurador con respecto a las propias vivencias de menosprecio.
- En cuanto a la vulnerabilidad es una categoría que no se agota en el concepto de pobreza, debe ser analizada desde una perspectiva, diferencial, histórica y cultural, que denota fragilidad o posición de desventaja frente al goce efectivo de las libertades fundamentales del ser humano desde todas sus dimensiones. El nivel de vulnerabilidad de las personas no está determinado solamente por las limitaciones económicas, sino que entran en juego elementos como la capacidad de respuesta de cada persona, la red de apoyo familiar, social e institucional, en donde la cosmovisión y el autoconcepto moviliza las acciones que llenan de contenido el día a día de las mujeres–madres de niños y niñas en el primer año de vida que participaron en esta investigación.
- Superar las condiciones de vulnerabilidad implica hacer uso de todos y cada uno de los recursos disponibles, o en palabras de Gustavo Busso todos los

activos que se tengan al alcance: físicos, financieros, humanos, sociales y ambientales.

- La experiencia de vulnerabilidad económica y social que tienen estas familias no tiene que conducir necesariamente a la violencia y al maltrato con sus hijos e hijas en el proceso de crianza. Ellas muestran cómo a pesar de su condición, hay maneras que se sobreponen a esa situación y les permite tener prácticas de crianza de buen trato con sus hijas/os.
- La vivencia de las familias de esta investigación permite concluir que actualmente, se está en un proceso de transición respecto a los roles de género y que las diferencias de género en las prácticas de crianza de niños y niñas en el primer año de vida no es tan polarizado. Un trato equitativo desde los primeros años de vida, abre quizás una posibilidad de refundación de la representación cultural de la diferencia sexual, entre otras diferencias, si se tiene en cuenta que este período es fundante en la vida de todos los seres humanos, que podría llevar a configurar identidades matizadas en el desarrollo infantil, por el amor que reconoce y que lleve en el futuro a que estos seres establezcan relaciones más equitativas y recíprocas con otros y otras.
- Lo que hace diferente la crianza de niños y niñas en el primer año de vida, al menos en las familias que participaron de la investigación, tiene que ver más con los cuidados que requieren sus hijos/hijas que con el género, y lo que emerge es más bien un reconocimiento de un ser humano bebé que requiere afecto, cuidado y protección, de un ser humano en condiciones de fragilidad que requiere de mayor cuidado en esta etapa del desarrollo (el primer año de vida): donde las madres centran sus preocupaciones más por suplir las necesidades del bebé, en la que ella se encuentra requerida, más que en su sexo.
- Lo que muestra esta investigación es que a pesar de la pobreza estructural del medio en que viven las familias, las condiciones de vulnerabilidad y sus propias biografías de maltrato, violencia y exclusión social, estas madres vivencian a través de sus palabras y sus actos que sus hijas e hijos merecen igual afecto y cuidados en este momento de su existencia, y avizoran un escenario diferente al que la cultura impone a sus hijos-hijas como mujeres y como hombres.
- Los saberes y experiencias de mujeres madres como éstas, que adquieren y ponen en prácticas en el ámbito personal y doméstico experiencias de buen trato

en la crianza, son claves que requieren los nuevos escenarios familiares, para que sus hijas e hijos sean valorados y cuidados por su condición humana y no por su sexo, lo que se estima como un horizonte esperanzador, coherente con la complejidad de las relaciones de las familias actuales y de la sociedad.

6. RESULTADOS DE GENERACIÓN DE NUEVO CONOCIMIENTO

OBJETIVOS (Del proyecto aprobado)	RESULTADO ESPERADO (Según proyecto aprobado)	RESULTADO OBTENIDO	INDICADOR VERIFICABLE DEL RESULTADO
<p>* Analizar el contexto de vulnerabilidad en el que se llevan a cabo las prácticas de crianza de buen trato.</p> <p>* Reconocer las prácticas de crianza que evidencian buen trato de las madres hacia las hijas e hijos en el primer año de vida.</p> <p>* Identificar las diferencias de género que existen en esas prácticas de crianza.</p>	<p>Un cuerpo de conocimiento sistemático y reflexivo sobre las prácticas de crianza de buen trato, en familias monoparentales femeninas, con niñas y niños en su primer año de vida, participantes de la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín.</p>	<p>La generación y análisis de la información, permitió la emergencia de tres categorías temáticas, sobre las cuales se estructuró la presentación de los resultados: Contexto de vulnerabilidad de las familias, Buen trato en la crianza y Diferencias de género en la crianza. Cada una de ellas está configurada por unas dimensiones que se consideran como los aportes más significativos al análisis que se hace del tema de la crianza en condiciones de vulnerabilidad.</p>	<p>Informe técnico de la investigación “Prácticas de crianza de buen trato en familias monoparentales femeninas, con niños y niñas en el primer año de vida, participantes de la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín” Artículo de resultados: “Prácticas de crianza de buen trato en familias monoparentales femeninas con niños y niñas en el primer año de vida”.</p>

7. RESULTADOS DEL FORTALECIMIENTO DE LA CAPACIDAD CIENTÍFICA

RESULTADO ESPERADO (Según proyecto aprobado)	RESULTADO OBTENIDO	INDICADOR VERIFICABLE DEL RESULTADO
Aportes conceptuales a la línea de investigación de Infancia y Familia del CINDE, coherentes con los objetivos específicos y con la metodología planteada.	Los artículos teóricos y de resultados hacen aportes conceptuales a la línea de investigación Familias, crianza y desarrollo de la Maestría; igualmente fortalecen la investigación en el campo de familia y hacen aportes específicos en lo metodológico y en lo ético de la investigación con familias.	Artículo de resultados: Prácticas de crianza de buen trato en familias monoparentales femeninas con niños y niñas en el primer año de vida. Artículo 1: Ampliando la mirada frente a la vulnerabilidad. Artículo 2: Familias, infancias y crianza: Tejiendo Humanidad. Artículo 3: El cuidado en el primer año de vida: una respuesta a la fragilidad humana sin diferencias de género.

8. RESULTADOS DE LA APROPIACIÓN SOCIAL DEL CONOCIMIENTO

RESULTADO ESPERADO (Según proyecto aprobado)	RESULTADO OBTENIDO	INDICADOR VERIFICABLE DEL RESULTADO
Divulgación de los resultados en el simposio de investigación.	El 24 de junio de 2011 se socializaron los resultados del proceso, en el simposio: <i>Producción de saberes en y para la vida</i> , realizado en la Universidad San Buenaventura.	Registro y sistematización del evento.
Retroalimentación de los procesos desarrollados por la Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez en la adopción de prácticas de crianza de buen trato, al interior de las familias monoparentales femeninas, con niños y niñas en su primer año de vida que han participado del proceso.	Aún no se ha abierto un espacio para socializar los resultados con la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez.	Pendiente

9. IMPACTOS ESPERADOS

Impacto esperado	Plazo (años) después de finalizado el proyecto: corto (1-4), mediano (5-9), largo (10 o más)	Indicador verificable	Supuestos
Aporte conceptual frente al tema de prácticas de crianza de buen trato en familias monoparentales femeninas, con niños y niñas en el primer año de vida.	Corto	Informe técnico de los resultados de la investigación. Artículos producidos a partir de la investigación.	Que el informe y los artículos sean consultados ampliamente por la comunidad académica.
Reconfiguración del componente educativo de la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez, a partir de los hallazgos de la investigación y la propuesta educativa elaborada a partir de ellos.	Corto	Informe técnico de los resultados de la investigación. Artículos producidos a partir de la investigación.	Que la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez, utilice los hallazgos de la investigación para complementar su proceso de intervención con la comunidad.
Reconocimiento de la toma de distancia, existente entre pobreza y maltrato, visibilizando a familias vulnerables con prácticas de buen trato para con sus niños y niñas, pese a sus limitaciones de orden económico y social.	Corto y mediano plazo	Informe técnico de los resultados de la investigación. Artículos producidos a partir de la investigación. Socialización de los resultados con la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez.	Que el informe y los artículos sean consultados ampliamente por la comunidad académica. Que la socialización de los resultados permitan la reflexión sobre las prácticas de buen trato.

BIBLIOGRAFÍA

- Barraza Patricia. *El Buen Trato visto por los niños*. Chile 2003.
- Barudy, J. (2006) *Conferencia: Los buenos tratos y la resiliencia infantil en la prevención de los trastornos del comportamiento*. III Congreso internacional sobre trastornos del comportamiento en menores. Guadalajara.
- Barudy, J. y Dantagnan, M. (2005). *Los buenos tratos a la infancia. Parentalidad, apego y resiliencia*. Gedisa.
- Benhabib, S. (2006). *El ser y el otro en la ética contemporánea. El debate sobre la mujer y la nueva mirada de la teoría moral*. Barcelona: Gedisa.
- Berger, Peter y Luckman, Thomas. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Brinkmann, W. (1986). *La niñez en proceso de transformación. Consideraciones sobre su génesis, su desaparición y su valor efectivo para la pedagogía*. *Educación*, (33), 7-23.
- Buen Comienzo Había Una Vez. (Agosto 2010). *Caracterización socio demográfica*.
- Burin, M. y Meyer, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Argentina: Paidós.
- Busso G. (2001) *Vulnerabilidad social: Nociones implicaciones de política para Latinoamérica a inicios del siglo XXI*. Seminario internacional, las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe. Santiago de Chile.
- Carrasquilla M, F. (1996). *Escuchemos a los pobres. Aportes para una antropología del pobre*. Medellín.

- Castellanos, Gabriela. Sexo, género y feminismo: tres categorías en pugna. en Familia Género y Antropología. 2003. editora Patricia Tovar Rojas. Bogotá.
- Diaconia. (2003). *Iniciando la vida en los Andes. Aproximación a los patrones de crianza de familias andinas en la cordillera negra.* Lima: Roel.
- Diker, G. (2009). *¿Qué hay de nuevo en las infancias?* Argentina: Los Polvorines
- Fascioli, A. (2010) *Ética del cuidado y ética de la justicia en la teoría moral de Carol Gilligan.* Departamento. Filosofía de la Práctica – UDELAR. Revista ACTIO 12.
- García, González N. (2010). *Reflexiones sobre la importancia de incorporar la perspectiva de género en los análisis de vulnerabilidad.* Revista de Estudios de Género. La ventana, IV, 31, 7-35. Universidad de Guadalajara México
- Lamas, M. (1994). *El cuerpo: diferencia sexual y género.* En: *Debate feminista* año V, 10. 3-31
- Lamas, M. (s.f.). La perspectiva de género. En: *Revista de Educación y Cultura de la sección 47 del SNTE.* En: <http://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm>
- Ministerio de Educación Nacional. (2010). República de Colombia. *Desarrollo infantil y competencias en la primera infancia.*
- Mori, T y Leighton C. J. (1990) *Madres venezolanas y niños pequeños.* Ediciones del programa Centros del niño y la familia. Caracas.
- Musitu, G y Cava, M. (2001). *La familia y la educación.* Ediciones Octaedro.
- Nussbaum, M. (2002). *Las mujeres y el desarrollo humano. El enfoque de las capacidades.* Barcelona: Herder.
- Nussbaum, M. (2006). *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre exclusión.* Barcelona: Paidós.

- Peralta, M. (2006). *El concepto de desarrollo. En Nuevo enfoque de la educación y atención infantil*. En el marco del proyecto: Instituto para el desarrollo y la innovación educativa (IDIE – OEI) en educación inicial y derechos de la niñez.
- Pérez Contreras, M. (2005). Aproximación a un estudio de vulnerabilidad y violencia familiar. *Boletín Mexicano de derecho comparado*, 113. México.
- Perona Nélica B, ROCCHI Graciela I. *Vulnerabilidad y Exclusión social. Una propuesta metodológica para el estudio de las condiciones de vida de los hogares*. Revista KAIROS N° 8. Primer Congreso Internacional “Políticas Sociales para un nuevo siglo”, Concepción, Chile, Noviembre de 2000. |
- Puyana, Y. Y Lamus, D. (2003) *paternidad y maternidad: construcciones socio-culturales*. En: PUYANA, Yolanda (compiladora) padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- República de Colombia. Ministerio de Educación Nacional. (2010). *Desarrollo infantil y competencias en la primera infancia*.
- República de Colombia. Ministerio de Protección Social. (2010). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud*
- Rodriguez, Pablo. La familia en Iberoamérica 1550-1980 Universidad externada de Colombia. Convenio Andrés Bello. Colombia. 2004.
- Rogoff, B. (1993). *Aprendices del pensamiento. El desarrollo cognitivo en el contexto social*. Barcelona: Paidós.
- Savater. F. (1995). *El valor de Educar*. Barcelona: Ariel.
- Tenorio, M. (2000). *Pautas y prácticas de crianza en 23 regiones del país: en familias colombianas*. Ministerio de Educación Nacional, Santafé de Bogotá: Colombia.
- Tenorio, M. & Sampson, A. (2000). *Cultura e infancia*. En M. Tenorio (Ed.), Pautas y prácticas de crianza en veintitrés regiones del país. Serie de documentos de

investigación. Ministerio de Educación Nacional y Organización de Estados Iberoamericanos –OEA–. Santafé de Bogotá: Punto Exe.

Vélez, R. y Galeano, M. (2000). Investigación cualitativa. Estado del Arte. Universidad de Antioquia. Medellín.

ANEXO 1

GUÍA DE ENTREVISTA SEMIESTRUCTURADA PRÁCTICAS DE CRIANZA DE BUEN TRATO

1. RELACIONES ENTRE LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

¿Quiénes conforman su familia?

¿Cómo son las relaciones entre los miembros de la familia?

¿Cómo son las relaciones entre su hija o hijo y la familia?

¿Cree que esas relaciones entre los miembros de la familia afectan de alguna manera la relación entre usted y su hijo o hija?

2. CONDICIONES ECONÓMICAS

¿Quién sostiene económicamente a la familia?

¿De dónde provienen los ingresos para el sostenimiento de su hijo o hija? ¿En qué trabaja la madre?

¿Cree que la situación económica de su familia afecta su relación con su hijo o hija?

¿La madre o algún miembro de familia son víctimas del desplazamiento forzado?

¿Cree que esta situación de desplazamiento afecta la relación que usted tiene con su hijo o hija?

¿Cree que el barrio donde vive afecta la crianza de su hijo o hija?

3. NIVEL EDUCATIVO DE LA MADRE

¿Hasta qué año estudió?

- ¿En caso de no haber terminado la primaria o el bachillerato, explicar por qué?
- ¿Cree usted que la educación que ha recibido influye en la relación que hoy tiene con su hijo o hija?
- ¿A qué programas asiste que le puedan ayudar en la crianza de su hija o hijo?

4. PERCEPCIONES FRENTE A LA MATERNIDAD Y EL PROCESO DE GESTACIÓN

¿Cómo le ha parecido la experiencia de ser madre?

- ¿Cómo se enteró que estaba embarazada?
- ¿Qué sintió cuando se enteró que estaba embarazada?
- ¿Qué sentimientos experimentó a lo largo de su embarazo?

5. PERCEPCIONES FRENTE A LA HIJA O AL HIJO

- ¿Qué es lo que más le gusta de su hija o hijo?
- ¿Qué es lo que menos le gusta de su hija o hijo?

6. PERCEPCIONES Y PRÁCTICAS SOBRE CRIANZA Y BUEN TRATO

- ¿Usted cría (“levanta”) a su hijo igual a como la criaron?
- ¿En qué se diferencia y en que es igual?
- De su experiencia en la infancia, ¿qué le gustaría repetir con su hija o hijo? Y qué no?
- ¿Es lo mismo criar a niños que a niñas? Por qué?
- ¿Qué es para usted el buen trato con los hijos?
- ¿Qué prácticas de buen trato tiene con su hijo o hija?
- ¿Cómo le demuestra el afecto a su hija o hijo?
- ¿Cree que el afecto se demuestra igual a los niños que a las niñas?
- ¿Comparte con alguien la crianza de su hijo o hija?
- ¿Cómo es un día normal entre usted y su hija o hijo? (Indagar por rutinas de sueño, baño, alimentación, juego y actividades de estimulación)
- ¿Qué es lo que más le gusta de cuidar a su hija o hijo?
- ¿Cuáles son las principales satisfacciones que ha tenido en la crianza de su hija o hijo?

¿Qué piensa frente a la lactancia materna y cuéntenos su experiencia frente a la lactancia?

¿Cree que el estar sola –sin pareja- afecta la crianza de su hija o hijo? ¿Por qué?

7. PRÁCTICAS ANTE EL COMPORTAMIENTO DE LA NIÑA O EL NIÑO

¿Qué sentimientos le expresa su hijo o hija? Y usted ¿cómo le responde?

¿Qué cosas o situaciones le hacen sentir bien a su hijo o hija? y ¿qué lo molesta?

¿Qué hace usted cuándo su hijo se comporta mal?

¿Qué hace usted cuando su hijo se comporta bien?

ANEXO 2 CODIFICACIÓN

CATEGORÍAS	Códigos 1	Códigos 2	Códigos 3
CONTEXTO DE VULNERABILIDAD	Factores de vulnerabilidad	Social	Salud, familiar, educación.
CONTEXTO DE VULNERABILIDAD	Factores de vulnerabilidad	Económica	Sustento y dependencia
CONTEXTO DE VULNERABILIDAD	Factores de vulnerabilidad	Política	Violencia del barrio
CONTEXTO DE VULNERABILIDAD	Factores de vulnerabilidad	Cultural	Exclusión por racismo.

CATEGORÍAS	Códigos 1	Códigos 2	Códigos 3
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Actitud de la madre frente a la maternidad	Proyecto de vida, capacidad reflexiva, Responsabilidad y diligencia de la madre, Nobleza, Autosuficiencia.
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Apoyo y consejo de un adulto significativo	Miembro de la familia
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Deseo de ser madre	Instinto materno

BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Satisfacción frente al sexo del bebé	Hijo varón
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Creatividad de la madre	Juego, alimentación especial, lenguaje.
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Prácticas de autocuidado	No consumo de alcohol y planificación familiar
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Espiritualidad	Soportada en la creencia religiosa
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Contexto familiar	Familia monoparental extensa, Red de apoyo familiar
BUEN TRATO A PESAR DE LA VULNERABILIDAD	Factores protectores	Experiencia frente a la maternidad	Positivas, negativa que no victimiza, experiencia humana.

CATEGORÍAS	Códigos 1	Códigos 2	Códigos 3
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre crianza	Sujeta a aprobación cultural	Familia
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre crianza	Educación	
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre crianza	Afecto	
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre crianza	Valoración de experiencia como positiva	
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre crianza	Ejemplo y transmisión de valores	
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre crianza	Expectativas de mejoramiento en rol de madre	Comportamiento del niño

BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre buen trato y maltrato	Buen trato: No gritar, no golpear y saber hablar	
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Percepción sobre buen trato y maltrato	Mal trato: Maltrato físico, maltrato verbal, negligencia frente a la alimentación.	
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Afecto	Amor, abrazos, besos,
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Vinculo	Compañía, primacía del vinculo sobre la vulnerabilidad
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Autocuidado	No consumo de alcohol durante el embarazo
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Claridad frente a la norma	Autoridad, presencia permanente de la madre como medio de regulación.
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Cuidado	Alimentación, estimulación, atención, hábitos, juego, protección, red de apoyo familiar, respeto por autonomía del niño/a, salud, ambientación de espacios,
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Ambientación de espacios significativos	Espacios de sueño
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Interacción entre madre e hijo/a	Juego, estimulación y lenguaje
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Educación	Mediada por el ejemplo y la trasmisión de valores

BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Asistencia a BCHUV	Espacio de estimulación, socialización (madre/hijo), aprendizaje, acceso al alimento, se reciben charlas y consejos, se aprende a cantar, se reciben pautas de crianza, fortalece la red de apoyo, ampliación del proyecto de vida, salir de la rutina de los problemas.
BUEN TRATO EN LA CRIANZA	Prácticas de buen trato	Reacciones del niño frente al trato	Felicidad, distanciamiento, gritos, llanto, vínculo.

CATEGORÍAS	Códigos 1	Códigos 2	Códigos 3
DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA CRIANZA	Afecto	Independiente del sexo, la edad y el número de hijos.	
DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA CRIANZA	Afecto	Dependiente del sexo y la edad	Preferente hacia hijo varón y el más pequeño.
DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA CRIANZA	Cuidado	Independiente del sexo	Contexto social vulnerable
DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA CRIANZA	Cuidado	Mayor Cuidado frente al sexo femenino	Estereotipo frente a fragilidad femenina
DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA CRIANZA	Proyección de segundo hijo/a	Género femenino / masculino	Estereotipo cultural de que el segundo hijo sea de sexo contrario al primero ("la parejita")

ANEXO 3
AGRUPACIÓN CATEGORIAL TEMÁTICA EN COHERENCIA
CON LOS OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN

1. VULNERABILIDAD...MÁS QUE POBREZA, LIMITACIÓN EN EL EJERCICIO DE LAS LIBERTADES FUNDAMENTALES DEL SER HUMANO

* AFRONTANDO INDIVIDUAL Y COLECTIVAMENTE LA VULNERABILIDAD

**Las madres se dignifican en su “trabajo”

*** Asumir el trabajo como un ejercicio de “liberación de la condición de pobreza” (Carrasquilla 1996).

*** Reclamar la capacidad de agenciar una historia de maltrato infantil y romper la herencia intergeneracional de rechazo y marginación

*** Actitud alerta y defensiva como escudo de protección frente al entorno.

*** Implementación de prácticas de autocuidado.

**Qué hacen los parientes y amigos para enfrentar la vulnerabilidad?:

*** Prácticas de reciprocidad.

**Qué hacen los vecinos para enfrentar la vulnerabilidad?:

*** Prácticas de solidaridad.

2. PRÁCTICAS DE CRIANZA QUE EVIDENCIAN BUEN TRATO EN FAMILIAS VULNERABLES Y VULNERADAS

* Percepciones y concepciones de las madres en su experiencia de maternidad frente a la crianza y el buen trato:

** Fomentar valores a través del ejemplo.

** Denota el significado contrario al buen trato.

** Generación de sentimientos duales –placer, preocupación, dolor-

** El afecto hacia el hijo motivado por el deseo de ser madre.

** Prácticas de autocuidado en la gestación.

** Concepción de los niños y niñas como sujetos con capacidades y como interlocutores válidos.

* Prácticas de crianza de buen trato

** Afecto

** Satisfacción de la necesidad básica del alimento.

** Ambientación y generación de espacios significativos.

** Resistencia a repetir las historias de maltrato.

** Comunicación “Reconocimiento del otro”

** Cuidado y juego como prioridad por encima de lo doméstico.

** Buen trato basado en la creatividad

** Introyección de la norma desde una construcción ética.

** Participación en la Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez.

3. ¿EXISTEN DIFERENCIAS DE GÉNERO O CUIDADO EN LA CRIANZA?

* ¿Será varón, será mujer?

** Deseo profundo en las cuatro madres de tener un hijo varón.

* ¿Diferencias en el cuidado o en la crianza?

** Prima el cuidado como manifestación humana de la crianza, al

reconocer la vulnerabilidad como fragilidad independiente del sexo.

ANEXO 4 CONSIDERACIONES ÉTICAS Y CONSENTIMIENTO INFORMADO

Los siguientes son los criterios éticos tenidos en cuenta en la investigación:

- El Consentimiento informado: evidencia de que se cuenta con la voluntad de las participantes en el proceso de investigación.
- Confidencialidad y anonimato: permite garantizar el resguardo de la identidad de quienes participen en la investigación y motivar su confianza para brindar la información.
- Retorno social de la información obtenida: permite compartir con las y los participantes los avances y los resultados de la investigación para validar los análisis.
- Consideraciones con respecto a la situación de conflicto de la ciudad para moverse éticamente.
- Apertura frente a las concepciones de las prácticas de crianza construidas desde la cotidianidad de las familias que participan, para no juzgar y no imponer al otro/a el pensamiento de las investigadoras.

- Definición de la pertinencia de las técnicas de generación de información en función de la protección de la intimidad de las y los participantes.
- Preparación para contener las situaciones imprevistas que se puedan presentar en quienes participan, que permita realizar remisiones particulares en caso de ser necesario, para superar la visión de instrumentación de los actores de la investigación.
- No utilizar ninguna información que perjudique la imagen de las y los participantes.
- Respeto por la palabra y las prácticas de las y los participantes.



CONSENTIMIENTO INFORMADO

Somos Ángela María Orrego Cardona, Gloria María Montoya Muriel y Teresita María Gallego Betancur, estudiantes de la maestría de Educación y Desarrollo Humano del CINDE y nuestra Asesora es Diana María Gómez Bedoya.

Actualmente queremos realizar una investigación para conocer las prácticas de crianza, de buen trato en familias monoparentales femeninas extensas con niños y niñas en su primer año de vida de la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín.

El objetivo de esta investigación es comprender las prácticas de crianza de buen trato y equidad de género con las niñas y los niños menores de 1 año.

Las investigadoras nos comprometemos a mantener la confidencialidad de la información que nos brinden, la cual sólo será utilizada con fines académicos y nunca serán identificadas las personas que participen, se les asignara un nombre ficticio, protegiendo su privacidad.

La información será grabada y luego transcrita y se dará a conocer solo a quienes participen de la investigación.

Los resultados de la investigación serán conocidos primero por usted y posteriormente, serán comunicados en publicaciones científicas y en eventos académicos.

Su participación será totalmente voluntaria y puede retirarse en el momento que lo desee sin que esto implique ningún perjuicio para usted o su familia. Al participar en esta investigación no recibirá ningún beneficio de tipo material o económico, ni implica una relación contractual con las investigadoras ni con el programa Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín.

Yo _____ a través de la firma de este documento aseguro que se me ha dado información precisa y suficiente sobre esta investigación, se me han aclarado las dudas e inquietudes que he planteado y por ello participo libre y sin coacciones, asumiendo voluntariamente la participación y los beneficios sociales que de ella se generen.

En constancia firmo:

Firma y cédula.

Ciudad y fecha: _____

Si tiene alguna duda comuníquese a los teléfonos: 312 831 89 05



AUTORIZACIÓN PARA LA PUBLICACIÓN DE IMÁGENES

Ciudad y fecha: _____

yo _____, mayor de edad, con domicilio en la ciudad de Medellín, identificada con cédula de ciudadanía N°. _____ autorizo al Municipio de Medellín- Programa Buen Comienzo Había una Vez- y al CINDE para que comunique o difunda públicamente a través de cualquier medio impreso fotografías y/o imágenes mías y de mi hijo/a _____, destinadas a la investigación sobre prácticas de crianza de buen trato, en familias monoparentales femeninas extensas con niños y niñas en su primer año de vida de la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez de la Alcaldía de Medellín; realizada por las estudiantes de la maestría de Educación y Desarrollo Humano del CINDE: Ángela María Orrego Cardona, Gloria María Montoya Muriel y Teresita María Gallego Betancur, y cuya Asesora es Diana María Gómez Bedoya.

Lo anterior, debido a que el acto mencionado no es contrario a la moral y las buenas costumbres, no constituye injerencia arbitraria en mi vida privada, no afecta mi honra, buen nombre, ni afecta mi integridad moral, física o síquica.

El Municipio de Medellín y el CINDE podrán mantener en su archivo, usar, reproducir, publicar, adaptar, extraer o compendiar la (s) imágenes y/o la (s) fotografía (s) mencionada (s), en cualquiera de sus publicaciones impresas o en internet, televisión o en cualquier otro medio sin que tal uso genere derecho alguno a favor mío.

La autorización que confiero en virtud del presente documento no tiene ningún término de duración a partir de la fecha que se firma este documento.

Declaro y garantizo al Municipio de Medellín y al CINDE que estoy en capacidad de otorgar las autorizaciones descritas y que las mismas no están sujetas a restricciones o limitaciones al momento de entregarlas, en consecuencia, mantendré indemne al Municipio de Medellín contra cualquier reclamación que hiciera cualquier tercero, relacionado con el presente documento y/o a utilización por parte del Municipio de Medellín de la (s) fotografía (s) mencionada (s) aquí autorizada (s).

Así mismo, manifiesto que la presente autorización, con el alcance aquí previsto, se otorga al Municipio de Medellín y al CINDE a título gratuito, por lo que renuncio a cualquier derecho o aspiración tendiente a obtener compensación alguna por el otorgamiento de esta autorización.

Firma: _____

C.C N° _____ **de** _____